

V.

CAMILO

POR
G. André.

Études religieuses, historiques et littéraires
(III série—Tome troisième.)



Traducción y edicion de El Cruzado.

Sucre, Octubre 10 de 1872.

IMPRESA DE PEDRO ESPAÑA—ARRENDADA.



86-97(84)=6

André

Literatura religiosa

I.

LA FAMILIA DE BREMA.

Hace como treinta años que el Sr. de Brema y su esposa abandonaban una pequeña ciudad del Forez, de donde ambos eran originarios, para ir a fijarse en Leon. En esta ciudad, se instalaron en una bonita casa que ostentaba, presumida, sobre el Jardin de plantas su blanca fachada y las celosias verdes de sus tres pisos; situacion encantadora que, en la bella estacion, reunia a las comodidades de la ciudad los placeres del campo.

Por la primavera, bastaba abrir las ventanas, para que las habitaciones se llenasen de los suaves perfumes, que subian del jardin en embalsamados aires. Por la mañana, el gorgceo de las aves servia de preludio al murmullo de la ciudad todavia dormida; y durante el dia, los ruiseñores y las currucas hacian resaltar sonoras voces y variados tonos sobre el sordo y monótono bajo que se eleva de las grandes ciudades. Desde los pisos superiores la vista podia fijarse sobre la copa de los grandes árboles del jardin, como sobre las verdes fajas de tierra matizadas de mil flores que los rodean; podia detenerse en las casas, o en las cúpulas y torres que las dominan; podíase contemplar a Furviere y su capilla, la colina de Santa-Fé y sus verdes laderas; o bien vagar por la dentada cadena de los Alpes, cuyas nevadas cimas brillan en lontananza. Apesar de un caracter y de gustos los mas diversos, el Sr. de Brema y su esposa pasaban en su nueva casa dias, no diré sin nublado, por que la índole de la Señora de Brema hacia imposible una perfecta calma, pero al menos sin esas horribles tempestades que asuelan el hogar doméstico.

El Sr. de Brema, abogado de título, tenía la pasión de los libros antiguos, de las buenas ediciones y de las bellezas de encuadernación. Sostenía una correspondencia activa con los bibliófilos más distinguidos en Francia y fuera de ella; púsose en relación con los encargados de la biblioteca de la ciudad; pasaba una buena parte de sus días en casa de los mercaderes de libros viejos, y allí se cubría de noble polvo. Vivía en acecho de toda venta algo importante, y con frecuencia tomaba la diligencia, y volaba a la conquista de una obra rara, de una colección preciosa. Jamás volvía de sus expediciones sin traer en sus manos triunfantes un Elzevir, un Paulo Manucio, un Roberto Estienne, un Plantin, una edición del Louvre, u otras rarezas de este género. Esas preciosidades bibliográficas eran colocadas en los magníficos estantes de una biblioteca, que ocupaba todo el segundo piso de la casa. No había mayor placer para el Sr. de Brema que el encerrarse solo en aquel santuario, acariciar con la vista aquellas espléndidas encuadernaciones, ojear con admiración aquellas obras maestras de tipografía, hacer el catálogo de sus libros, anotarlos y formar su historia, siguiendo todas sus vicisitudes hasta el día feliz, en que por último habían llegado a ser propiedad suya. El Sr. de Brema pasaba por uno de los más fervientes bibliófilos; y según decían los malignos, su pasión no se contenía dentro de justos límites, sino que rayaba en bibliomanía.

La Señora de Brema no podía explicarse aquella pasión por los libros. Guardábase sin embargo mucho de provocar contestaciones, de distraer la admiración, de contrariar los gustos de su marido; sobradas razones tenía para respetarlos. La Señora de Brema era hija de Eva, cual no la hubo jamás; amaba el mundo; los adornos y las fiestas eran su de-

licia; así no podía conformarse con que su juventud y su belleza estuviesen encerradas bajo el techo doméstico.

Se ve pues en lucha un doble interés el de la biblioteca y el del ropero. Era el caso de que ambos esposos capitularan haciéndose mutuas concesiones.

La Señora de Brema no siempre lo entendió así. Mujer de voluntad tenaz, de un carácter al que las inspiraciones de la vanidad podían arrastrar sobrado lejos, tuvo primeramente la idea de luchar sin tregua, a fin de hacer que se destinase a su tocador la mayor parte de la renta de la familia. Una primera tentativa hecha en este sentido, sufrió un solemne chasco, cuya humillación tuvo que devorar en silencio. Obligada a batirse en retirada, a renunciar a las escenas violentas y a las exigencias imperiosas, vino a colocar en el terreno de la moderación su habilidad frustrada, a fin de no perderlo todo, queriendo ganar demasiado.

Después de muchas entrevistas, de muchas conferencias, en que el bibliófilo defendió calorosamente su causa, y la diplomacia femenina sostuvo habilmente la suya, se llegó por fin a un acomodamiento, se asentaron las bases de un arreglo, que dejó contentos a los dos esposos. Un chal de la India, un vestido de seda, brazaletes, un sombrero a la última moda, y otros objetos de adorno podrían comprarse por la reina de los salones, bajo la condición de que una remesa de París o de Bruselas, una edición rara, una lujosa encuadernación para libros empastados con modestia excesiva adornarían y enriquecerían la biblioteca. El Sr. de Brema dejaría a su esposa su lujo y los gastos que lleva consigo; la Sra. de Brema a su vez permitiría a su marido las costosas encuadernaciones y los libros comprados a peso de oro.

Solo un defecto había en la transacción hecha

entre los dos esposos, el de suponer rentas superiores a las de que ellos podian disponer. Hacia ya casi medio siglo que la familia de Brema estaba muy decaida de su primer estado. Cincuenta mil francos puestos a interes, algunas rentas sobre el tesoro público, una propiedad situada [en la comuna de San-German, tales eran los restos de una fortuna que en gran parte arruinó la revolucion. No quedaba al Sr. de Brema otro medio de mejorar su situacion rentística, que el de buscar la mano de alguna rica heredera del Leonesado o del Forez; pero, sea por instinto de nobleza o por inclinacion del corazon, él no quiso dar a su matrimonio el vil caracter de una especulacion; hizo callar sus intereses, para no consultar sino el afecto en la eleccion de la que tomó por compañera. Desgraciadamente, una herencia mas preciosa que la de la fortuna y de los pergaminos, iba disipandose cada dia en el interior de esta familia. El aire que soplabá sobre la Francia desde la revolucion de 1830, habia resfriado notablemente los sentimientos religiosos de los dos esposos; no que ellos hubiesen sacrificado algun principio de su fé; sinó que, dejandose arrastrar por una muelle indiferencia, vinieron a abandonar la práctica de los deberes religiosos, práctica que uno y otro habian encontrado en las piadosas tradiciones de su familia respectiva.

Consagrado todo entero el Sr. de Brema a sus correrias, a su correspondencia y a sus libros, dejaba a su esposa el cuidado de la familia, hasta se habia desentendido del todo de la primera educacion de sus hijos. El Sr. y la Señora de Brema tenian dos hijos, que no eran hermanos sino por la sangre. El primogénito, llamado Anatolio, era, a primera vista, lo que suele llamarse un niño encantador. Bellos ojos azules, tez fina, color rosado, boca perfectamen-

te tallada, cabellera abundante y sedosa, voz añautada, dulce y suave fisonomía de niño que habría tentado el pizel de un Mignard, era mas que suficiente para hacer el encanto y las delicias de una madre. Pero ese rostro tan seductor tenia su reverso de medalla. Bajo esas bellas apariencias se ocultaban las pequeñeces de un orgullo repugnante, triste defecto bastante a borrar las gracias naturales de nuestro pavo real, y aun convertirlas en fealdad. En ciertos accesos de vanidad ofendida, su voz, ordinariamente tan pura, degeneraba en un áspero falsete; su talle, erguiéndose, perdía su natural flexibilidad, cierto aire desdeñoso arrugaba su frente, fruncía sus labios, inflaba las ventanas de sus narices; pavoneavase además, con arrogancia, o bien inclinaba la cabeza sobre el hombro izquierdo de una manera mui ridícula; verdaderamente, el niño quedaba desconocido.

Camilo hacia un singular contraste con su hermano mayor. Cabellos negros, ojos vivos, facciones varoniles y mui acentuadas, todo anunciaba en él una fuerte y vigorosa naturaleza. Camilo era alegre, enérgico y ardiente.

La vivacidad de su carácter se revelaba en el brillo de sus ojos, en las vibraciones de una voz mui timbrada, en la agudeza de sus respuestas, en su modo de caminar vivo y desembarazado. Bastaba verle y tratarle un momento para reconocer en él un niño mas estimable por su fondo que por sus apariencias. Pero no hay como los padres para dejarse prender del brillo de las cualidades exteriores y por la belleza física de sus hijos.

Anatolio era el ídolo de su madre, su preferido. Que extraño es esto? Anatolio era el primogénito, en él se fundaban las esperanzas de la familia. Sabia además hacer tan bien la corte a su madre! So-

lia decirla con esa su voz fresca y tierna las dulces palabras que alhagan los oídos maternos! Anatolio sonreía con tanta gracia! era tan hábil en hacer caricias, requiebros, carantoñas, mimos! Sus gestitos eran tan graciosos, sus lágrimas tan tiernas! Poseía con tanta perfección el arte de atraerse las caricias, los besos, los confites...! Sí, de Anatolio podía esperarse y prometerse todo; de Camilo nada, o casi nada. Camilo era demasiado ardiente, demasiado salvaje; la libertad de sus respuestas, la firmeza de sus pasos causaban irritación en los nervios de la Sra. de Brema. Y sin embargo, bajo formas un poco bruscas Camilo tenía un corazón de oro, mientras que Anatolio con todos sus melindres no era sino un hábil egoísta.

El Sr. de Brema por su parte no siempre tenía la balanza igual entre sus dos hijos. Era muy difícil que no diese la mejor parte de su afecto al primogénito, a un niño que tomaba a pecho los intereses de la biblioteca, que sabía lisonjear los gustos de su padre, hacer coro a sus admiraciones. Con todo esto él distaba mucho de la parcialidad tan manifiesta de su esposa; cuando un suceso, muy insignificante en sí mismo, pero muy grave a los ojos de nuestro bibliófilo, le hizo participar de todas las prevenciones de la Sra. de Brema contra Camilo, y de todas sus preferencias en favor de Anatolio. Acababa de recibir una caja de libros largo tiempo esperados, largo tiempo deseados. Camilo se hallaba presente al acto de desenfundarlos; lo mejor que pudo hizo eco a la alegría de su padre, y como era natural, ofreció el auxilio de sus brazos para subir a la biblioteca a los recién llegados. Apenas el niño hubo recibido la preciosa carga se lanzó por la escala de caracol; mas ¡ah! el resbala en las bruñidas gradas, titubea y deja caer un Elzevir que pisa sin quererlo. Al ver esto su

padre, que le seguía de cerca, prorumpie en un doloroso grito, y con voz de trueno descarga sobre el pobre niño, una tempestad de indignacion y de cólera.

—Un Elzevir estropeado! sus fojas arrugadas! manchadas sus páginas! La Sra. de Brema tenia razon mil veces! A la verdad Camilo no es bueno para nada! Camilo nunca hará nada!

Estas palabras de trueno resonaron por casi un cuarto de hora en la escalera y corredores. A los primeros estampidos de esa cólera toda la familia se puso en movimiento. La Sra. de Brema, Anatolio y todos los criados, asomandose a los balcones de los diferentes pisos, habian sido testigos de esta triste escena.

Camilo quedaba condenado. Su sentencia acababa de promulgarse con estrépito delante de todas las gentes de la casa que se encargaron de cumplirla, cada uno a su manera. Los criados siempre estan mas que dispuestos a servir a las pasiones y preocupaciones de sus amos; tanto menos repugnante es a los criados esta vil adulacion, cuanto que ella puede importarles mas de una clase de ventajas, y de aqui parecerles que ella es una necesidad de su estado.

Por largo tiempo se hallará Camilo bajo el peso de esa desgracia inmerecida, pero al fin el cielo tomará su defensa, y le será hecha justicia por aquel mismo que le condenó.

II.

EL PLAN DE CAMPAÑA DE DOS COLEGIALES.

Anatolio y Camilo fueron iniciados en el latin y en el griego a la vista de sus padres; recibian sus

lecciones de un profesor especial que dos veces por día se presentaba en la casita blanca del Jardín de plantas. Luego que los niños hicieron su primera comunión, salieron de este régimen de instrucción privada, y frecuentaron en calidad de externos los cursos del colegio real de León. Los dos hermanos concurrían a una misma clase, pero distaban mucho de hacer en ella el mismo papel. Anatolio estaba confundido entre la muchedumbre de las insignificantes medianías, y de las nulidades perezosas, mientras que la inteligencia y la aplicación al estudio de Camilo le colocaban evidentemente en el puesto más elevado de la clase. En esa lucha, muy naturalmente trabada entre dos hermanos que se hallaban colocados en línea sobre los mismos bancos, la Sra. de Brema se declaró por su querido Anatolio; tan casada estaba con sus intereses, tan ciego era el amor de su partido, que la inferioridad de su favorito era para ella el objeto de un despecho reconcentrado que la devoraba.

Un día, no pudiendo contenerse, llegó a explicarse muy a las claras con Camilo, y a descaagar sobre él un mal humor del que era su causa inocente.

—¿Pensais, le dijo, que Anatolio no tiene tanto talento como vos? Para salir tan bien y mejor que vos, ¿que le falta? Nada más que un poco de trabajo... Anatolio es vuestro primogénito: en todo y por todo ¿no debe ir delante de vos? Y ya que el está un poco atrasado en sus estudios, no podriais vos ayudarle?

El niño bajó la cabeza; por un momento quedó aturdido al golpe de estas inconcebibles palabras. Sobreponiéndose después a la penosa emoción que le oprimía el corazón y le embargaba la lengua:

—Mi buena madre, la dijo, creedme que me da mucha pena el ver a Anatolio en un rango infe-

rior al que debe ocupar. Si por mí solo fuera, él subiría muy pronto sobre mi cabeza y brillaría en los primeros puestos... Pues bien! ya que lo deseais, agrégo, yo os prometo ponerme a su servicio y ayudarle en cuanto pueda.

—Que sea así! respondió bruscamente la madre, y le volvió las espaldas.

Siu que Gamilo tratase de examinar los motivos de esa estraña conducta, se propuso no omitir nada en el cumplimiento de su palabra, hacer cuanto pudiera por sacar à Anatolio del lugar bajo de la clase. Las vacaciones llegaban à su término; los dos hermanos iban à comenzar su tercera clase con un profesor nuevo trasladado de Marsella à Leon, circunstancia favorable de que Gamilo prometió aprovecharse para la realizacion de su generoso designio.

Era el primero de Octubre. Dos dias despues los hijos de Brema dirian adios à las vacaciones, y, mañana y tarde, tendrian que ir al colegio con el cuaderno al brazo. Despues de la comida, Gamilo se acercó à Anatolio en el momento de salir del comedor, y llevándole aparte en un sitio del salon le dijo:

—Yo tengo que confiarte un secreto, el de un plan de campaña, trazado por mi, para el año escolar que comieuzo.

—Veamos, habla; yo soi todo orejas para escucharte. De que se trata?

—Anatolio, yo soy tu cadete, y por consiguiente en todo y por todo debo ir en pos de tí. No siu confusion mia veo que este órden, que es el de la naturaleza, viene à turbarse en el colegio, adelantándome à mi primogénito.

—Dejate allá ese cuidado. Pues que tu primogénito te permite que le tomes la delantera, puedes serle superior con perfecta tranquilidad de conciencia.

—Sí, pero tengo un pequeño escrúpulo. ¿Ana-

tolio podría de ese modo dar buena cuenta de su derecho de primogenitura?

—Tranquilízate, en nada perjudican esas pequeñas concesiones. Anatolio volverá á tomar, cuando él quiera, su rango y su puesto.

—Yo no tengo la menor duda; y acerca de esto opino como nuestra madre. Para salir tan bien y mejor que yo, Anatolio tiene mas talento del que es necesario; y si él se aplicara al estudio todo el tiempo que yo le consagro, dejaria muy atras al pobre Camilo.

—Puede ser.

—Y este puede ser ¿por que no es una realidad?

—Porque? Porque veo en ello algunas dificultades.

—Dificultades! Vaya! Para Camilo, pase! mas para Anatolio, que dificultades hay?

—Si, algunas pequeñas dificultades. Sea dicho entre nosotros, en cuatro años yo no he hecho el trabajo de un solo año. Ahora bien, para ponerme en voga, para llegar á los primeros puestos de la clase, seria preciso recuperar el tiempo perdido, y en diez meses hacer la tarea de cuatro años.

—Pues bien! en diez meses tu harás la tarea de cuatro años.

—Cierto?

—Y porque no? Seria esto por falta de talento?

—Por esto, nó.

—¿Te faltaria el tiempo?

—No digo eso.

—Pues entónces, en que está la dificultad?

—Tu lo ves, que estando yo solo tendria alguna pena.

—Pero se podría ayudarte, tenderle una mano fraternal, si tu quieres aceptarla. Porque al fin somos hermanos y yo no veo ningun motivo para que

no sean comunes nuestro trabajo y nuestros esfuerzos. De muy buena gana yo te adelantaria lo que es necesario; mas tarde, estoi seguro que tu harias honor á esta pequeña deuda, y me pagarias; con usura lo poco que yo te hubiera prestado.

—Sí, con usura. Anatolio no estaria largo tiempo en descubierto contigo. Pues bien! querrias darme á conocer tu plan? Yo veré si puedo aceptarlo.

—Darte á conocer mi plan, cáspita! es muy justo. Si yo no me lisongo demasiado, el trabajo y el ejercicio me han hecho adquirir alguna facilidad en el estudio; yo economizaré pues cada dia una parte de mi tiempo y lo pondré á tu disposicion. Queriéndolo tú, he aquí como procederemos: Cuando tengamos que hacer una version latina ó griega, trabajaremos cada uno por si solo en penetrar el sentido del texto dado. Luego que yo alcance á hacerme dueño de los pensamientos del autor griego ó latino, iré á tí, y te daré minuciosamente, palabra por palabra, su interpretacion. Hecho esto, te dejo solo: y los dos aisladamente nos pondremos á hacer una traduccion que reuna en sí la elegancia y la exactitud. Si viniera á faltarte tiempo para esta segunda operacion, tu tomarás mi borrador y lo haces tuyo con una trascripcion inteligible; yo me ocuparia entónces de revisar mi trabajo, y hacer á la ligera algunas variantes en la version que te hubiere cedido. En este trabajo, nada perderias tú, y yo ganaria mucho. Que dices de esta primera parte de mi plan?

—No está malo. Esta primera parte tiene sus ventajas. Y yo pienso como tu, que en esto saldrias ganancioso, y yo no perderia nada. Todo esto está bueno por lo que hace á las versiones. Pero los temas! y los versos latinos!

—En órden á esto nuestra táctica tiene que sufrir forzosamente una pequeña alteracion. Antes de

todo nos armarémos de nuestros diccionarios y de nuestro *Gradus*; nos retirarémos cada uno á nuestro cuarto y allí arreglamos en buen latin el tema frances; ó bien, al fuego de la inspiracion poetica pondremos en estado de fusion la materia señalada, para vaciarla en el molde prosodico del verso. Terminada mi tarea, yo te buscaré, y revisamos juntos tu prosa y tus versos. Harémos comparecer tu ejercicio ante el tribunal de la gramática ó de la prosodia, le compararémos con los textos, y en caso de contravencion darémos la pena merecida á todos los delitos contra las reglas de la versificacion ó de la lengua latina. Despues de aplicada la pena, tu vuelves á tomar tu ejercicio, tema ó verso, y lo rehaces de nuevo segun las correcciones apuntadas.

—Hacerlo otra vez?

—Si, salvo que tu prefieras tomar mi ejercicio y copiarlo de tu propia cuenta.

—Me quedo por lo último.

—En tal caso, yo haria inmediatamente una segunda edicion de mi tema ó de mis versos. Este nuevo trabajo no careceria de utilidad para mi.

—Una razon mas para atenernos a esto último; por que en fin es tambien necesario pensar en ti.

—Prosigamos. Se entiende que nuestra táctica debe estar oculta a nuestro profesor. En casa nada hay que temer. Las paredes de nuestros cuartos no tienen orejas ni lengua; no harán traicion a nuestro secreto. El peligro comienza desde que pongamos los pies en el colegio. Allí tendremos que arrostrar la peligrosa luz de la clase, y presentar a ojos ejercitados el resultado de nuestros comunes esfuerzos. Atencion y prudencia! para que no se descubran nuestros pequeños artificios, para ocultar el origen de nuestros productos. Bastaria una sola respuesta desgraciada, una torpe explicacion para desmentir el con-

tenido de tu copia, y descubrir el socorro extraño.

—Esto es evidente. Pero el medio!

—Primeramente, es indispensable que tu entiendas bien y hagas propiedad tuya todo lo que tomares de mis ejercicios, para que así puedas dar buena cuenta de todo, cuando estés en la banqueta. Sin embargo, como la prudencia no nos permite contar siempre con nuestra habilidad, debemos pensar en los medios de sacarte de apuro en toda circunstancia que pueda sobrevenir. Cuando uno no está seguro de sí mismo no hay ninguna ventaja en colocarse a la vista y cerca de las orejas del profesor. Para no hallarnos espuestos a los inconvenientes de esta vecindad, nosotros tomaremos puesto apartado, lo mas lejos posible del maestro, en los últimos bancos de la clase. A tal distancia, y atrincherados por la muralla viva de nuestros vecinos de delante, yo estaré perfectamente libre de las miradas y oídos del maestro, y así podré maniobrar con toda seguridad.

— Ya entiendo.

—Entendámonos bien a fin de concertar todos nuestros movimientos y evitar un desacuerdo que nos haga salir mal. Regla general, ir despacio de manera que quede una fácil coyuntura para las inspiraciones que yo te hiciere.

—Yo no tengo el defecto de ir muy ligero.

—Puede ser que te pares en alguna explicación: entonces me lo advertiras con el pie como con un invisible telégrafo: el socorro no se hará esperar. Inmediatamente, al vuelo te apoderas de la palabra, y sin mirarme, sin levantar los ojos del libro o del cuaderno, la zurces con toda propiedad en la trama de la explicación. El mismo método se observará cuando no halles respuesta que dar a una pregunta del profesor.

—Todo está bien. ¿Pero has olvidado las lecciones en tu plan?

—No. En primer lugar es necesario aprender las lecciones.

—Así es. Pero mi memoria está un poco enmohecida; ella tendrá necesidad de algunos pequeños servicios. Veamos como vendrias tu en su socorro, si se hallase en apuros?

—En un caso extremo, cuando por una causa o por otra te llegase a faltar el tiempo materialmente necesario para satisfacer esta parte de tu deber, el vecino que estuviere delante de ti podrá hacer el oficio de facistol vivo: yo me encargo de colocar el cuaderno en el espacioso atril de su benéfica espalda. Pero te lo repito, esto será un remedio *in extremis*, que debe emplearse raras veces, mui raras veces. Aun mas, te debo confesar, que yo no tomaré parte en esta maniobra sin una grande repugnancia. Si solo fuera necesaria una palabra, una frase, para poner en camino a la memoria atollada, se da un pequeño golpe de telégrafo, y la palabra o la frase te llegará al instante.

—Maravillosamente! Yo apruebo el plan en el conjunto y en sus detalles. Camilo, yo estoy contento de ti. Veo que comprendes los deberes de un cadete con su primogénito.

—Yo he podido olvidar esos deberes; pero nuestra madre quiso recordarmelos: yo los acepto con todo mi corazon, y el cumplirlos será para mí una felicidad. Anatolio, yo quedaré mui bien pagado si puedo ayudarte a que subas en la clase al rango a que te llaman los deseos de nuestros padres y los míos.

—Asunto concluido.

—Queda pues para el martes principiar la campaña.

—Sí, para el martes.

III.

EL MEDALLON.

Dos dias despues estaba abierta la campaña escolar. Fiel a su palabra, Camilo hizo prodigios de amor y de habilidad. A pesar de que Anatolio estaba encantado de ver a su lado un auxiliar tan bondadoso, no por esto renunció a sus queridos hábitos; permaneció tranquilo bajo las tiendas de la pereza, al mismo tiempo que veía a su generoso hermano sudar y afanarse por él. Sería uno interminable si tratára de referir las ingeniosas trazas y diligencias empleadas por Camilo en favor de su hermano primogénito, para sacarle de su muelle indiferencia e inspirarle amor al estudio. La Sra. de Brema no olvidaba tampoco los intereses de Anatolio: dulzura de consejos, severidad de amonestaciones, intereses de recompensas, súplicas que llegaban hasta los mas humildes ruegos, todo fué empleado por ella, todo fué poco menos que inútil.

Terminado el año escolar, llegó el dia que lo cerraba con la distribucion de premios.

La Sra. de Brema, herida en lo vivo por un resultado que preveía con mucha anticipacion, se abstuvo de concurrir a esa fiesta escolar; no queria exponer su amor propio a tener que avergonzarse, a la vista de numerosos espectadores, de la afrenta de su hijo mayor, como igualmente del triunfo de Camilo, triunfo en el que su caprichosa parcialidad la hacia ver su propia derrota. Asi pues, para evitar el desagrado de oír una proclamacion doblemente penosa para ella, afectó hallarse indispueta aquel dia, y no concurrió a la distribucion. El Sr. de Brema, sin intento premeditado, se hallaba ausente de Leon; hacia

una semana que se hallaba en campaña en busca de no sé que rareza bibliográfica.

Como era fácil preverlo, el nombre de Anatolio no resonó ni una sola vez en la brillante asamblea, mientras que Camilo fué varias veces coronado, con grandes aplausos de un público que se alegraba de sus triunfos. Grande fué el embarazo en que se hallaron los dos hermanos, cuando, terminada la distribución de premios, llegó la hora de presentarse a su madre. Sin embargo, cosa que no debe sorprendernos, el primogénito llevaba con mas comodidad el peso de su vergüenza, que su hermano el de los honores que acababa de recibir.

Cuando ellos entraron al cuarto de su madre, la Sra. de Brema estaba muellemente tendida sobre un blando sofá, cerca de la ventana, con las celosias cerradas. Anatolio entró primero, la cabeza baja, como era propio. Camilo le seguia a dos pasos detras de el, mas aturdido que su hermano, y casi avergonzado de sus coronas que hubiera querido partir con él. Pasaron algunos momentos de un penoso silencio sin que nadie desplegara sus labios. Con todo eso, el modo y actitud de la Sra. de Brema habian ya hablado por ella. Al instante que sus dos hijos se presentaron en la puerta de su habitacion, ella saltó de un ataque nervioso, su mirada estaba encendida, su frente cubierta de un velo sombrío.

Caminando a penas, Anatolio habia venido a colocarse junto a su madre. Abriéndole ésta los brazos, lo acercó a sí con gran vehemencia, y lo besó una y otra vez en la frente, como quien cura una herida.

—Hemos sido desgraciados! dijo al fin suspirando con la amargura del despecho. Despues dirigiéndose a Camilo que tímido se habia quedado a cierta distancia:—Está bien, le dijo. La fortuna se ha

pronunciado en vuestro favor; gozad de vuestros triunfos. Yo me debo, en este momento, a los desgraciados.

A estas palabras, articuladas de un modo seco, Camilo estuvo a punto de romper y faltar por la primera vez al respeto a su madre. Oleadas de sangre enrojecían su semblante, sus sienes ardían, una respuesta que el había rechazado toda su vida, estaba ya, en la punta de la lengua, pronta a partir, cuando al resplandor de un súbito brillo de la razón, sometiéndose a un buen pensamiento que le inspiró su corazón generoso, se hizo superior a sí mismo, y ahogó en el fondo de su alma la vivacidad de las impresiones que sufría. Salió sin decir palabra y se apresuró a subir a su pequeño cuarto. Entrando en él, tiró desdeñosamente libros y coronas sobre su mesa de trabajo, y lanzándose a la ventana, la abrió con ímpetu, para aspirar el aire que parecía faltar a sus pulmones. Triste, se reclinó sobre sus bordes, perdida la vista en la inmensidad del espacio. Después de algunos instantes, su mirada, atraída de la parte de Fourviere, se fijó en el pequeño campanario cuyos perfiles se destacaban sobre una nube franjeada de oro y de púrpura.

Es menester decirlo, Camilo se conservaba fiel a los recuerdos de su primera comunión. La frialdad y repulsas que él hallaba en su familia le hicieron sentir la necesidad de respirar de la parte del cielo porque el aire le faltaba de parte de la tierra. Después de la escena que acababa de pasar, le era dulce contemplar esa iglesia de Fourviere de tan preciosos recuerdos: era la Capilla de María, la casa de aquella a quien la Iglesia llama *Consoladora de los aflijidos*. Esta vista, los piadosos sentimientos que ella excitaba en su alma, la saludable confianza que le inspiraba en su desgracia, todo esto aliviaba su

corazon oprimido, hacia desaparecer gradualmente el resto de agitacion que sigue a las tempestades del alma como a las del Oceano.

Ganandole poco a poco la emocion religiosa, Camilo se sintio atraido por esa Capilla que cautivaba sus pensamientos y sus miradas: una voz interior parecia invitarlo a ese santuario, donde el peregrino encuentra un bálsamo para todos sus dolores. Obedeciendo inmediatamente a este llamamiento, bajó con prontitud de su cuarto, y dominado por un sentimiento que le daba alas, atravesó luego el valle en que el Saona arrastra sus aguas perezosas, y trepó una de esas montañas que forman la base del terraplen de Fourviere.

Entrando en la capilla, fué a arrodillarse junto a la balaustrada de hierro, que separa el coro del resto de la Iglesia. En la humilde postura de un desgraciado que implora favor, levantó sus ojos llenos de amorosa confianza y de tristeza resignada a la estatua negra, imagen venerada por los siglos; y en una de esas mudas comunicaciones que no necesitan de palabras, confió a la ternura compasiva de María secretos que a nadie aqui abajo habria querido revelar. Casi una hora se pasó en esta expansion filial mezclada de tiernas súplicas. Y Camilo se levantó, y salió de la Capilla, contento de haber depositado las amarguras de su vida en el corazon de su divina Madre. Gracias a la intercesion de María una efusion de paz se acababa de obrar en su alma; una de esas virtudes que calman y tranquilizan, le habia penetrado con sus dulces influencias.

Antes de bajar de la colina se detuvo Camilo delante de esas tiendas de objetos de piedad que encuentra el peregrino a uno y otro lado de las calles al rededor de Fourviere. Inclinado sobre una vidriera, miraba Camilo una pequeña imagen de María

colocada bajo de vidrio dentro de un círculo de latón dorado. La dulce Virgen estaba representada con los dos brazos abiertos, y su rostro sonriendo de misericordia y bondad. Al pié se leían estas palabras: *Hé aquí vuestra Madre*. Camilo devoraba con unos ojos de piadosa codicia este sencillo grabado que correspondía tan bien a su situación presente.

El comerciante, que llegó a notarlo, se acercó a Camilo y con la mayor amabilidad le dijo:

—Ea, Señorito, dos sueldos. No es caro, el medallón es hermoso.

—Sí, es muy hermoso! contestó Camilo; pero yo no tengo un solo sueldo.

—Como! Vos no teneis nada, Vos?—Y viendo que las lágrimas asomaban a sus ojos—Pues bien, no importa, dijo, tomadlo, yo os le doi con todo mi corazón.

Y le entregó el medallón. Camilo le dió mil veces las gracias, le prometió pagar mas tarde esta pequeña deuda, sin olvidar los intereses, y se alejó llevando la preciosa imagen como un tesoro.

De vuelta a la casa paterna fué a encerrarse solo en su pequeño cuarto. Colgó su querido medallón en la pared, exactamente al medio de su mesita, entre dos ramilletes de flores, que resaltaban de azul sobre el fondo blanco de la tapicería; acomodó en seguida sus premios, a manera de un trofeo a los pies de la dulce Virgen; y arrodillándose despues, le rogó que se dignase aceptar en homenaje esos libros que no habian merecido ni ser mirados, esas coronas desdeñadas. Un instante despues se levantaba el niño con la frente serena, el alma abierta a los consuelos que inspira la devoción de la Santa Virgen: María será para él la mas tierna de las madres, su corazón maternal le estará siempre patente, y siempre, desde lo alto del cielo velará ella sobre la suerte de su hijo.

Por fin, los dos hermanos llegaron al término de sus estudios, el uno con un bagaje muy ligero de conocimientos, el otro con un saber mas estenso y profundo de lo que parecia permitir su edad. Anatolio apenas pudo desempeñar las pruebas del bachillerado, y aun el no haber sufrido la vergüenza de una repulsa lo debió a las multiplicadas repeticiones que le daba su hermano; en cuanto a este, el exámen fue para él un verdadero triunfo; le fueron dadas públicas felicitaciones por los mismos examinadores. Abierta esta primera puerta ante ellos; que carrera seguirian los dos hijos de Brema?

La cuestion del porvenir de un jóven, siempre grave en cualquier estado de fortuna que se hallen sus padres, encuentra mas de un obstáculo para su solucion en las familias decaidas y en las que sus rentas son absorbidas, en su mayor parte, por necesidades mas o menos facticias.

Aunque el Sr. de Brema y su esposa tenian ya casi del todo fijadas sus ideas sobre la suerte que se proponian dar a sus dos hijos, celebraron no obstante entre sí un pequeño consejo, para tomar una resolucion definitiva. El resultado fué que solo Anatolio haria su curso de derecho; Camilo debia renunciar a la jurisprudencia; la familia no se hallaba bastante rica para mantener dos estudiantes en Paris, o en Grenoble, y, en este caso, el primogénito debia tener la preferencia. Cuando esta decision fué notificada a Camilo, bajó la cabeza, se sometió sin hacer ninguna observacion en contra de ella, sin oponer una sola palabra a las razones que se alegaban. Estaba ya mui habituado a verse tratado de un modo mui diverso al de su hermano para no aceptar, sin quejarse a otro que a Dios y a Maria, la posicion inferior que en todo se le daba. Consultado Anatolio sobre la Facultad a que deseaba concurrir, optó

mui naturalmente por la de Paris. Mientras que él estudie derecho en Paris, qué será de Camilo?

IV.

UN AGRÓNOMO IMPROVISADO.

Anatolio debía hacer el curso de derecho en Paris; menester era ocuparse de preparar una carrera a su hermano. Segun un plan concertado con su esposa, el Señor de Brema propuso a Camilo que fuera a habitar la campaña de Bel'air: era esta una propiedad bastante considerable, situada en la comuna de San-Germain, a algunas leguas de Leon, que una anciana tia habia dejado al morir a nuestro bibliófilo. Camilo reemplazaria al arrendatario que en las próximas vendimias cumplia el término de su arrendamiento; tomaria la administracion de esta tierra, la tendria a cuenta y riesgo de la familia, y viviria en San-Germain con el porte de un jentil hombre de aldea. Veinte mil francos le serian abonados para hacer frente a los primeros gastos de instalacion, reparar el castillo de Belair y levantar la heredad en deterioro.

A la cifra de los 20,000 francos, la Señora de Brema habia refunfuñado mucho. Una sola vez habia puesto los pies en Belair y estaba lejos de ser tentada de volver. El aspecto ruinoso del castillo, aquella cámara con su tapiceria ajada, con sus bastidores de vidieras temblones, el ruido lastimoso del viento que descendia del techo desfondado, la noche que en aquellos largos corredores era propia para infundir mortal terror; todos esos recuerdos la habian disgustado mucho con esta propiedad, y estaba muy poco dispuesta a ver con buenos ojos las grandes reparaciones. Por lo demas, no tenia ella mucho interes en regatear sobre los 20,000 francos, visto que

debían causar una fuerte reduccion en el presupuesto de su tocador? Pero el Señor de Brema, cuya mirada iba mas allá del estrecho retrete de su esposa y de los salones en que ella tenia que eclipsar rivales, dejabala decir, murmurar, desazonarse; mantenía, a pesar de todo, la suma prefijada por él, bien seguro que mas tarde la volveria a encontrar, interes y capital, en el valor de Belair.

Ofrecer a un jóven de diez y nueve años la jestion de una importante heredad, era darle una gran señal de confianza, hacer, aun mas de lo que tal vez se quisiera, el elogio de su capacidad y de los recursos de su espíritu. Comenzaba a hacersele justicia; bastantes años debían aun trascurrir para que ella fuese completa.

Esta reaccion en favor de Camilo se esplicaba bastante naturalmente. El Señor de Brema no había podido permanecer insensible al espectáculo del mérito modesto y de la sumision respetuosa de su hijo; con el tiempo, estaba bien curado de las prevenciones penosas que habia concebido contra él: el corazón del padre se habia sobrepuesto a las susceptibilidades del bibliófilo. Es menester tambien decirlo: prestaba oídos menos accesibles a las iasinuaciones de la Señora de Brema, la que a su vez se hizo mas moderada desde la partida de Anatolio.

A la proposicion que se le hizo, Camilo habria podido objetar que era muy jóven para ser colocado a la cabeza de una grande heredad, que sus antecedentes en ninguna manera le habian preparado a este nuevo jénero de vida. En vez de esto, por respeto y deferencia a los deseos de su padre, entra plenamente en sus miras, y le agradece, con sinceridad de alma, de la suerte que su solicitud queria bien procurarle; solamente pidióle permiso para permanecer en Leon hasta el estio próximo a fin

de iniciarse en los conocimientos agrícolas; demanda que era muy justa para no ser aceptada. Al punto se puso Camilo en obra, con un ardor, una pasión, una fiebre que por poco no comprometió su salud.

Un curso de agricultura recientemente abierto en Leon, no tuvo un oyente mas asiduo, mas atento que él. El profesor, M. N...., que lo habia visto siempre en el primer banco, con el oido atento, la pluma diligente en tomar notas, tuvo curiosidad de saber lo que podia ser este jóven. Un dia, terminada su leccion, con una mirada amistosa hizo señal a Camilo para que se aproximase a la cátedra. Este, como ya se deja entender, no se hizo repetir la invitacion. Despues de haberle felicitado de su asiduidad en el curso, de su avidez en todo anotarlo y todo recojerlo, el profesor le pregunta su nombre, su familia, sus proyectos para el porvenir, si él venia a escucharle por simple aficion, o bien con un objeto práctico. Camilo respondió a todo con la franqueza, buen sentido y nobleza que le eran naturales. M. N... quedó conmovido; se sintió penetrado del mas vivo interes por este jóven que arrostraba con una mirada tan firme la posicion difícil en que iba a encontrarse, y que la habia aceptado con una voluntad tan respetuosa y tan sumisa.

—Animo! le dice; con unas disposiciones como las vuestras, todo se lleva a cabo. Vos no podeis consagrar mas de siete u ocho meses al estudio de la agricultura; es bien poco para una ciencia tan vasta como estensa. Pero a este tiempo insuficiente por sí mismo, le daremos, nosotros dos, un doble coeficiente; vos con el ardor de vuestro trabajo; yo, con los entretenimientos particulares que me haré un placer de pasar con vos. Todos los jueves, y mas frecuentemente si lo deseais, vendreis a buscarme en mi

casa. Mañana, a las tres de la tarde, daremos principio.

Y, dándole su dirección, se levantó para salir.

En la emoción que le había causado esta benevolencia inesperada, Camilo tuvo apenas el tiempo de balbucear algunas palabras de agradecimiento. M. N... había rápidamente recogido sus papeles y libros y desaparecido como el relámpago, dejando a nuestro joven todo aturdido con las palabras que acababa de escuchar. La generosidad de una invitación semejante era una buena fortuna que le enviaba la divina Providencia; Camilo se guardó muy bien de dejarla escapar.

Al día siguiente, a la hora indicada se presenta en la habitación del profesor, quien ya le aguardaba y le recibió y le introdujo en su gabinete de trabajo con las muestras de una tierna y afectuosa simpatía.

Camilo estaba conmovido, su corazón desbordaba; con algunas palabras, en que vació toda la delicadeza y simplicidad de su alma, dijo cuan tocado estaba con la bondad de que era objeto. Por toda respuesta, M. N... sonrió graciosamente, y sin más preámbulo, entró de seguida en materia, inaugurando un curso privado de agricultura práctica para el uso del futuro agrónomo.

Todos los jueves, durante siete meses, Camilo fué fiel a la cita donde le aguardaba la benevolencia siempre creciente del profesor. En sus lecciones particulares, M. N... trazaba a su discípulo privilegiado los métodos propios a seguirse; descendía con él a detalles usuales y prácticos, le iniciaba, en la medida de lo útil, en las ciencias que esclarecen los trabajos agrícolas, contestaba a sus cuestiones; a sus dificultades; en fin, le indicaba los autores de consulta, y proporcionalmente se los comunicaba. «Mi biblioteca está a vuestra disposición,» le había dicho desde el primer día.

Para corresponder a esta solicitud, cuyo valor y precio conocia profundamente, Camilo no perdonaba penas ni fatigas; para él, las horas del día no eran bastante prolongadas, su lámpara de estudio alumbraba, mucho antes del día, sus trabajos solitarios. Algunas veces, a fin de estudiar en el local propio su verdadero terreno hacia una escursión hasta Belair. El jueves siguiente daba cuenta de sus observaciones a M. N.... En una relación, ordinariamente escrita, indicaba la naturaleza de los terrenos, su posición, el modo de cultivar, seguido hasta allí, los productos obtenidos; en seguida, con su reserva habitual, esponía sus ideas sobre los cambios que habria que hacer, mejoras que introducir, sometiendo todo al juicio de su maestro. La exactitud con que apreciaba los hechos agrícolas, las intuiciones de buen sentido que tenia sobre las cuestiones enteramente nuevas para él, causaban a M. N. ...agradables sorpresas, ingenuas admiraciones; y se maravillaba de los progresos rápidos, de la razón precoz de su joven discípulo. Ninguna cosa hay como la necesidad para dar esfuerzo a nuestras facultades y madurarlas con tiempo; se puede decir que ella influye sobre las ricas naturalezas, como los rayos enérgicos de un sol tropical sobre los vegetales de las regiones africanas.

Gracias a las lecciones públicas de M. N...., gracias a un trabajo incesante de día y de noche, después de siete a ocho meses, Camilo habia adquirido un caudal de conocimientos suficientes para emprender la exportación agrícola de la heredad de su padre. Se prometia, además, no detenerse en tan bello camino, y una vez en Belair, proseguir paralelamente sus estudios sobre el doble terreno de la teoría y de la práctica.

El primer día de junio habia sido fijado para la partida de Camilo. La víspera, estando terminados

todos los preparativos, pasó la tarde en el salor con sus padres. La circunstancia le pareció favorable para ensayar el suavizar su situación para con ellos; parecía que era llegada la hora de tentar un supremo esfuerzo para romper la delgada capa de hielo que quedaba aun en torno suyo. Se preparó, pues, a gastar palabras, demostraciones afectuosas, y aun de provocante buen humor, como nunca le había ocurrido. Desde luego desarrolló los planes que tenía formados y los sometió a la aprobación de su padre; después hizo entrever las esperanzas que había concebido, en la perspectiva de un brillante porvenir; en fin, enardecido poco a poco, se entregó a un pleno sueño campestre, a una plena égloga virgiliana, y aun también a una plena fábula.

«La cosa *iria* bien por su diligente cuidado,» decía. A este verso inesperado, el Señor de Brema se entregó a un franco arranque de risa. Subido en vena por esta explosión de buen humor, Camilo empujó siempre adelante, flanqueó con delicado espíritu la fábula de Perrette, y supo sacar alusiones bastante felices para provocar, en muchos puntos, la hilaridad de su padre. En cuanto a la Señora de Brema toda ocupada en armar con goma flores de papel, prestaba un oído indiferente a las palabras de Camilo. No obstante, el verso tomado a Perrette hizo pasar sobre sus labios la sombra de una sonrisa. Por fin, ganándola el contajio de risa, se rió sin mucha mala gracia. Para Camilo fué este un inmenso éxito, que no lo habría cambiado por una victoria de Alejandro o de César.

El timbre del hotel de la ciudad, el cual hacía resonar sus vibraciones sonoras en el salón, dió las once. Camilo se levantó, y con el tono de una entera confianza, preguntó á sus padres si no le harían el obsequio de acompañarle á Belair, á fin de instalarle

en la propiedad y presentarle á las principales familias del vecindario. La señora de Brema se escusó con su estado nervioso; el señor de Brema no podía; de un dia á otro aguardaba un viajero de Paris, con el que debia tratar de un negocio importante; cuando estuviese libre por su parte, iria inmediatamente á visitar al nuevo castellano de Belair. Era una decepcion penosa; Camilo se apercibió que se habia dado mucha prisa en cantar victoria.

Como debia partir á la madrugada, aun mucho antes de la hora de levantarse sus padres, le dió el beso de adios con un aire de tierno reproche, y se retirò.

Llegado á su cuartillo, aplicó fervientes labios á su querida imagen. En cambio, le parecia recibir una ardiente respuesta de María. No, él no partirá solo para Belair, será acompañado de la mas tierna de las madres; ella le presentará tambien á las familias de San-German, ella las dispondrá á hacerle buena acogida.

Terminada su oracion de la noche, se echó todo vestido sobre su lecho para tomar un poco de reposo. Al dia siguiente, hacia las cuatro de la mañana, montó en una pesada diligencia y dejó la ciudad, aun sepultada en la doble oscuridad de la niebla y de la noche.

V.

LLEGADA DE CAMILO A BELAIR. SU INSTALACION.

Hacia las once, Camilo habia llegado á San-German. Bien pronto trepaba á pie la colina de Belair, con los ojos fijos sobre el castillo que la dominaba.

De un terraplen espacioso, como de una ancha base el castillo se elevaba á los aires con su fachada

coronada de un techo empinado y sus dos torrecillas en relieve á los dos ángulos. Esta construcción, de una elegante arquitectura, habia sufrido mucho del tiempo y de la negligencia de los últimos propietarios. Los alelives con flores de oro prosperaban en un rincón del balcón y sobre la cornisa de los techos; las parietarias y los sedunes habian echado raíces en las molduras decorativas, tres ó cuatro grietas descendian en líneas cortadas de la cima á la base de la fachada; en mas de un trecho la argamasa que cubria la piedra estaba desprendida, dejando á manera de largas cicatrices sobre el cuerpo del edificio; el techo grande y las pequeñas cúpulas de las torrecillas habian perdido buen número de las pizarras que los cubrian: este castillo deteriorado, invadido por la vegetación de las ruinas, presentaba un espectáculo con- tristador, penoso á la vista.

Revolviendo en su cabezâ un plan de restauración, Camilo habia llegado al enrejado de fierro que daba acceso al terraplen. El enverjado estaba abierto, y pudo penetrar en el jardín. Pero, tanto en el castillo como en el cortijo, todas las puertas estaban cerradas; nadie habia para recibirle: el arrendatario y las gentes de su casa trabajaban en los campos. Aguardando su regreso, se sentó sobre los escalones desunidos de la graderia, y con la cabeza inclinada sobre la mano izquierda, se puso á contemplar uno de esos graciosos paisajes que los pintores de la escuela moderna gustan de copiar á lo vivo.

Dos colinas destacadas de los Cevennes corriendo en líneas onduladas en la dirección del mediodia, encierran entre el relieve de sus flancos opuestos un delicioso valle. A la cumbre y á medio costado de las dos colinas, el terreno pedregoso estaba entapizado de viñas que desarrollaban sus pámpanos verdes al rededor de grandes rodrigones; en la zona inferior

amarillaban bellas mieses de trigo, en las que el soplo de la brisa producía móviles ondulaciones, al fondo del valle verdeaban pingües praderas, cuyo tapiz de esmeralda estaba ricamente esmaltado con botones de oro y blancas margaritas; al medio de las praderas un cortinaje trasparente de grandes álamos seguía el curso caprichoso de un riachuelo; este arroyo rodaba sobre un lecho herizado de rocas salientes, y precipitaba en cascaditas sus aguas argentadas de espuma. Hacia el sud, sobre la prominencia de la colina que miraba al levante, el campanario de San-Germain dominaba con su torre macisa las casas blancas, agrupadas al derredor de la sencilla iglesia del lugar, mientras que al norte, bajo un tibio reflejo del sol, una vieja casería destacaba sus negras torres y su castillejo feudal sobre un terreno de un ocre quemador. A esta hora del día el sol de junio doraba el paisaje con una deslumbrante luz.

Un instante Camilo permaneció entregado a un dulce sueño, respirando a pulmones llenos el aire puro y balsámico, sonriendo a esa bella naturaleza, dejándose mecer por el fresco murmullo del arroyo y las notas rústicas y lentas que la voz de los viñateros prolongaba por el costado opuesto.

En fin, la hora del medio día hizo volver de los campos al arrendatario y a sus trabajadores; entonces pudo entrar Camilo en el castillo. Se alojó en una habitación modesta del segundo piso, abierta al sol de oriente, y con perspectiva sobre toda la estension y anchura del valle. Antes de abrir sus baules y de disponer nada, comenzó por colgar su cara medalla en el lugar mas aparente de la pieza, un poco mas arriba de las jambas de la chimenea. Por todo adorno, colocó sobre la repisa de marmol dos vasos de porcelana azul, provistos de las humildes flores de la pradera. La amapola escarlata, el

aciano de corola picada, la gran margarita de los prados le habian servido para componer dos ramilletes en que los ricos matices del oro, de la plata, de la púrpura y del suave azul, resaltaban sobre un fondo de verdura. A Maria, Camilo la proclama, la saluda reina de Belair; en su gracioso lenguaje, ella debia ser a su vez, con la sucesion de las estaciones, la Virgen de los prados, la Virgen de las mieses, la Virgen de los racimos, Nuestra Señora de las nieves.

Desde el siguiente dia de su llegada comenzó sus visitas. Siguiendo el orden indicado por la etiqueta de la fé, hizo la primera a su Dios, en la Iglesia del lugar; la segunda al Señor Cura, venerable anciano a quien habia entrevisto dos o tres veces y hácia el que se sentia vivamente atraido. El pastor recibió a Camilo con aquella amable sourisa, con aquella paternal bondad que se tenia seguridad de encontrar en el umbral del presbiterio de San German.

—Señor Cura, dijo el jóven, despues de Dios, por su ministro comienzo mis visitas.

—Dios se lo recordará y su ministro tambien, respondió graciosamente el Cura.

Camilo fué introducido en el comedor, que servia de salon. A invitacion que se le hizo, tomó asiento; y la conversacion se empeñó grave, seria, conmovida, tierna; aplaudiendose el Sr. Cura de recibir en la persona de Camilo un precioso refuerzo para el bien que habia que hacer en la parroquia; Camilo felicitandose de tener en el Señor Cura un apoyo a su inexperiencia y a su juventud.

—Lo estais viendo, decia Camilo con una sinceridad encantadora; mi situacion es muy singular. Diez y nueve años! Soi demasiado jóven para estar encargado de una gran propiedad. Pero vos sereis mi consejero, mi tutor, mi sosteu.

—Mejor que todo eso; yo seré para vos un amigo, un amigo de corazón y de alma.

—Gracias! Señor Cura. Esta ternura que os dignais atestiguarne, yo sé a lo que me empeña. Con la ayuda de Dios, no faltaré al deber de conciencia y de honor que me impone.

—Loado sea Dios! el presbiterio podrá entenderse con el castillo para socorrer a los desgraciados, moralizar a los lugareños, hacer reinar la virtud, el orden y la paz en las ricas casas tanto como en las pobres chozas.

—Señor Cura, el concurso del castellano de Be-lair os está asegurado. Una de las mas grandes alegrías de mi vida, será servir de ayuda a mis semejantes, y, por amor de ellos tanto como por principio de fé, favorecer en todo y por todo la accion bienechora de la religion.

Camilo gozaba; su corazón, tan largo tiempo comprimido, se dilataba con una especie de deleite. En la compañía de este buen Cura, de fisonomia tan dulce, de mirada tan benévola, se ensanchaba, se sentia gozoso como nunca lo habia estado.

Antes de retirarse, tomando un aire de gravedad religiosa, dice al Señor Cura que le volveria a ver bien pronto, entre Dios y su conciencia. Por toda respuesta, el Pastor le cerró afectuosamente la mano, fijando sobre él una mirada profunda, mas espresiva que largos discursos. Y Camilo salió encantado, enagenado, trasportado. En el buen Cura de San German, habia encontrado un amigo a quien hablar con el corazón abierto, un anciano rico de esperiencia en las cosas de la vida, un sacerdote de corazón formado por la caridad, un ministro de Dios, investido de celestiales poderes para consolar y curar las almas.

Del curato, Camilo pasó a visitar al Señor al-

calde, y despues a las principales familias del lugar. Su juventud, su aire distinguido, su modesta compostura, su conversacion mas madura que los rasgos de su fisonomia, era mas que suficiente para ganarle desde luego todas las simpatias. Otra razon contribuia tambien no poco a interesar en su favor.

La presencia de Camilo en la campaña parecia inesplicable a muchas personas; habia en eso un enigma que la esfinge de Belair parecia proponer a los curiosos de San German. ¿Por qué Camilo estaba relegado a la campaña, mientras que su hermano habia sido enviado a Paris? Cual podia ser el motivo de esta diferencia? La palabra del enigma, ¿no seria preciso buscarla en un sistema de favoritismo que el Señor y la Señora de Brema habrian seguido en favor de Anatolio? Camilo no habia sido sacrificado a su hermano? ¿no habia sido víctima de una de esas antipatias desrazonables, de esas repulsiones injustas, que son demasiado capaces de emponsoñar la existencia de un hijo?

El tema era fecundo, alimentado por la malicia desocupada, que no faltó en desenvolverle. Estas sospechas cuchicheadas misteriosamente a la oreja, comentadas en pequeño comité, se esparcieron en las principales casas del pais. Sin embargo, no descendieron hasta el pueblo; y aun se tuvo bastante prudencia y delicadeza para vigilar el que estos rumores no llegasen a los oidos de Camilo ni de sus padres.

Una vez llenados los deberes de atencion, Camilo se apresuró a hacer una inspeccion minuciosa de la heredad. Acompañado del arrendatario, todo lo pasó en revista, a fin de darse cuenta exacta de la situacion. El castillo, como lo hemos visto, demandaba reparaciones urgentes; los edificios de la granja no estaban en mejor estado; en la cercá, gran-

des lienzos del muro estaban desplomados; los setos habian sido agujereados en muchas partes; la mala hierba cubriendo las calles de árboles, se estendia a sus anchuras en la huerta, en las tierras y en las viñas; los árboles frutales se deterioraban, devorados por las orugas, carcomidos por los lequenes.

Cuando lo útil habia sido tan descuidado, ya se puede calcular lo que se habria hecho de lo agradable. En el invierno, mas de una vez los bosques habian sido tratados como madera destinada a proveer de leña, las calles de castaños seculares que se estendian a derecha e izquierda del castillo como dos grandes alas de verdura, se hacian mas claras cada año, sin que se pensase en remplazar los árboles destruidos; el palomar estaba desierto y mudo; la pollera despoblada; habiendo emigrado las abejas, el colmenar estaba vacío y sin panales; las flores habian sido desterradas de las platabandas y de las macetas, para dar lugar a la mala hierba y a algunas delgadas legumbres.

La situacion no era brillante. A todo precio, menester era sacar este fundo del triste estado a que le habia reducido la negligencia de los propietarios y la obstinada rutina de los arrendatarios. Por lo pronto, Camilo no podia hacer otra cosa que gemir, estudiar en silencio los proyectos que meditaba, y, ademas, enriquecer el tesoro de sus observaciones.

VI.

ADMINISTRACION DE CAMILO.

No tardó Camilo en apercibirse que en manos hábiles la heredad de Belair podia producir el doble de los arriendos pagados hasta entonces. Esta conviccion, formada despues de un serio estudio, venia

muy a propósito, pues le daba aliento y esfuerzo en el momento en que iba a poner manos en la obra.

Al fin de setiembre, terminado el arrendamiento, usó de los plenos poderes que había recibido de su padre, y despidiendo al arrendatario, se encargó de explotar por sí mismo con obreros tomados a jornal. Una familia compuesta de tres personas, el marido, la mujer, y un hijo, robusto y gallardo, de diez y siete años, fué tomada a su servicio y alojada en las piezas del cortijo; estos tres domésticos debían bastar ámpliamente a las exigencias de dentro y fuera.

Ante todo, una cosa sonreía a Camilo, y le parecía ser el mas bello privilegio de su nueva situación; era la posibilidad de ser útil, de hacer bien a sus semejantes. Su corazón cerrado por la penuria y sujeción en que había pasado su primera juventud, aspiraba a derramar la abundancia de una ternura largo tiempo comprimida. El que había conocido tan poco las dulces afecciones de la familia que nada puede reemplazarlas para un niño, experimentaba la dichosa necesidad de inclinarse a todos aquellos con los que va a pasarse la vida. Se había dicho que acortaría, cuanto fuese posible, la distancia que separa al señor del obrero, que se abajaría con sus gentes a una familiaridad siempre noble y siempre digna, bien seguro que su autoridad nada tendría que sufrir de esta condescendencia, con tal que supiese hacerse amar. Su ensueño, su ideal, era conducir gradualmente sus relaciones con sus domésticos y jornaleros, a semejanza de las de un padre con sus hijos. Este pensamiento, inspiración de una bella alma, fué para él mas fecundo en dichosos resultados, que no lo habrían sido las combinaciones de los mas hábiles cálculos.

Cuando Camilo hizo llamamiento al trabajo, vió acudir al castillo una armada de labradores y viñate-

ros, atraídos por el bien que se decía de él. Un día pues, a la madrugada, para inaugurar de una manera tan solemne como significativa el nuevo género de cultivo, reunió a todos los hombres que había retenido, al rededor de una mesa levantada bajo de los grandes castaños. Y allí: «Mis amigos, les dice con aquella voz cordial y sonora grata a los paisanos, vosotros vais a trabajar por mí, justo es que recibais vuestro salario; os será pagado muy puntualmente todas las semanas, también más frecuentemente si lo deseais. Vuestros jornales los estimaré siempre en el precio más elevado del cantón. En mí encontraréis un amigo tanto como un señor. Con el tiempo, espero poder daros más de una prueba de esta amistad; ved aquí la primera.»

A estas palabras toma una larga botella, corona los vasos con un vino blanco espirituoso, llena el suyo, y presentándolo al choque de todos los otros: «A la salud de mis bravos obreros,» esclama. «A la salud del Señor Camilo,» responden los dichos aldeanos; y sus brindis entusiastas arrancaron tres veces los ecos del valle.

Después de este desayuno campestre, todo el mundo se puso en obra con un ardor imposible de describir. «Nunca se había visto un señor como este; para él no se economizará el sudor ni la fatiga. La tierra sería bastante ingrata, los años serían muy malos, si los campos no diesen tesoros, si los graneros y lagares no desbordasen de riquezas.»

Este entusiasmo era muy caro para Camilo para que lo dejase resfriarse con el tiempo. La afabilidad que atestiguaba a sus obreros, los servicios que les prestaba, eran otros tantos medios que empleaba para soplar sobre esta buena llama y conservarla. Frecuentemente iba a verlos, a visitarlos en medio de las tierras, de las viñas y de las praderas. Entonces dis-

tribuía elojios que cada uno se esforzaba en merecer; les invitaba a respirar un instante, conversaba familiarmente con ellos de sus parientes, de sus negocios, de su porvenir, y, en ciertas circunstancias, lo apoyaba todo con un vaso de vino ó con un trago de aguardiente. Despues de esto, era preciso ver aquel gusto, aquel furor para el trabajo; en un solo dia, cada uno hacia doble jornal. Al escucharlos, «hubiese sido un crimen andar de *mala-gana*, matar el tiempo y la labor en lo del Señor Camilo, de un patron tan bueno que se ponía al alcance de cada uno, y daba a todos ejemplo de actividad.»

En pié ya mucho antes de la salida del sol, Camilo se colocaba todas las mañanas junto al enrejado del castillo para recibir a sus obreros a su llegada, cambiar con ellos los *buenos dias*, y alguna vez un ardiente apretón de mano. Durante el dia, se estaba habituado a verle, con un libro bajo del brazo, ir de una parte a otra, diciendo una palabra a cada uno dando a todo un vistazo, haciendo sentir en todas partes la presencia de un señor muy querido. Madrugando siempre mucho, ordinariamente se acostaba bastante tarde. Llegada la noche, se pertenecía plenamente a sí mismo; y aprovechaba de sus horas tranquilas y solitarias para tener sus cuentas en regla, espedir su correspondencia, proseguir sus estudios agrícolas; o bien prolongaba sus veladas en sociedad con sus autores favoritos, Virgilio o Vaniére, Bossuet o Fenelon, sin mencionar otros. Bien luego fué un proverbio que la luz de Belair era la primera en encenderse y la última en apagarse en el valle de San German.

Habia trascurrido un año, año de rica abundancia a la vez que de trabajos sostenidos con una ardiente actividad. Al paso que llevaba Camilo, Belair no podia tardar en reflorcer. Naturalmente habia

comenzado por lo mas urgente, por la reparacion del castillo ruinoso y deteriorado. Ya las largas hendidas y las anchas cicatrices habian sido cerradas; la fachada se presentaba a la vista toda brillante con la blancura del revoque que habia recibido; ni una pizarra faltaba ya al peinado coronado de torrecillas y a los planos del gran techo; en fin, el gracioso castillo habia recobrado el aire de su primitivo esplendor. Terminadas estas reparaciones, habia Camilo hecho levantar los muros de la cerca, cerrar los claros, poner en buen pie los graneros y los establos.

Despues de lo indispensable y útil, su solicitud se dirigió a todo lo que podia embellecer y encantar la vida del campo. Volvió a llamar a las abejas, levantó otra vez su palacio de paja, y atrajo los nuevos enjambres a su reciente morada rodeandola de las flores preferidas; el palomar abrigó bajo su cúpula volantes pichones; la pollera fué repoblada de habitantes numerosos y variados; los puerros y las coles fueron enviados a la huerta, y cedieron el usurpado lugar a los arbustos y a las flores.

Aproximábase la primavera del segundo año, y aun no habia sido tocado el interior del castillo. A fin de reconciliar a su madre con Belair, a fin de empeñar a su padre a venir mas frecuentemente, Camilo puso obreros en las dos cámaras del primer piso, é hizo reparar y amoblar estas dos piezas con tanta elegancia y buen gusto, que podian facilmente admitir comparacion con los departamentos que el Señor y la Señora de Brema ocupaban en su casa del Jardiu de plantas. El salon y el comedor no podian permanecer atrasados; Camilo los hizo restaurar con la simplicidad económica exigida por el estado de su bolsa. Estos diferentes trabajos, dirigidos con prontitud, fueron terminados a principios de mayo, y agotaron la suma puesta por el Señor de Brema a dis-

posicion de su hijo. En cuanto a las utilidades conseguidas sobre la cosecha anterior, habian sido empleadas en renovar los instrumentos agricolas, disponer nuevos terrenos, replantar las viñas estinguidas, hacer nuevas plantaciones y ensayos de cultura.

Cerca de dos años habia trascurrido desde la instalacion de Camilo en la campaña, y, durante todo este tiempo, la Señora de Brema no habia puesto los pies en Belair; el Señor de Brema hacia alli raras apariciones y no permanecia mas que algunas horas, apenas el tiempo preciso para echar sobre todo una mirada rápida. Este sistema de abstencion daba mucho que pensar en San German; parecia confirmar las sospechas difundidas en algunas familias.

Desde que las dos cámaras del primer piso estuvieron preparadas, Camilo invitó a sus padres a ir a pasar algunos dias de campo en Belair. «Hasta aquí el estado ruinoso del castillo podia esplicarlo todo; en adelante ya esta razon no existe; todo está preparado para recibirlos. Que se dirá en el pais si ellos no responden este año a las invitaciones renidas de la primavera, del castillo reparado segun su intencion y la de su hijo, cosas que no pasaran desapercibidas?»

Esta última consideracion era propia para hacer impresion sobre ellos, y los determinó. A fines de mayo, en uno de aquellos bellos dias en que la campaña se muestra rica de perfumes, de sombra y de armonia, el Señor y la Señora de Brema arrivaron a San German, con grande alegria de Camilo, que les deseo la bien-venida, los acojió con los trasportes de una ternura filial. Desde que fué prevenido de esta visita, Camilo se devanó los sesos, para festejar a sus padres lo mejor posible, rodearlos de todos los placeres, de todas las seducciones de la campaña; y lo logró mas allá de sus esperanzas. La Señora de Bre-

ma no volvía de su sorpresa, andaba de maravilla en maravilla en una propiedad que apenas podía reconocer; y despues, lo decia bien alto, estaba encantada de la elegancia y del *comfortable* de que se veía rodeada. Por lo que hace al Señor de Brema, no sentia mas que una cosa, la ausencia de su biblioteca y de sus libros.

Todo habria estado a medida de sus deseos, si en las visitas recibidas y devueltas, hubiesen encontrado menos frialdad, un poco mas de simpatia y de cordial abandono. Esta aptitud ceremoniosa e hinchada que se observaba con ellos, fué aun mas sensible, aunque se hubiese tratado de disminuirla, en un convite dado por Camilo en honor de sus padres. Lo selecto de la sociedad del pais estaba colocado a la mesa al rededor del Señor y de la Señora de Brema; los convidados guardaban reserva, sobrios de palabras y con el aire de quienes asisten a una comida de ceremonia. Para desatar las lenguas y provocar la espansion del buen humor, Camilo no economizó ni las agudezas de su espíritu, ni lo contenido en sus mejores frascos; pero nada podia desarrugar los semblantes, ni templar esa fria gravedad. Sonrisas contenidas pasaban sobre los labios, se daba la réplica para no dejar morir la conversacion, y eso era todo. La sospecha que pesaba sobre la cabeza del Señor y de la Señora de Brema, contecia el arranque de la alegria, impedia a los corazones abrirse.

Camilo se explicaba esta reserva por el efecto de una política exajerada; sus padres vieron en ella el embarazo bastante natural entre personas que no se conocian; y no se movió mas cuestion. Los años siguientes, el Señor y la Señora de Brema, no faltaron de ir a respirar el aire de la primavera en San German; las cosas se repitieron cada vez con

visos gradualmente dulcificados, lo cual puso a Camilo y a sus padres a cien leguas de la realidad.

De tres o cuatro leguas en contorno, acudían para ver una hereñad que se trasformaba como por encanto. Camilo rendía los honores de la propiedad, del castillo, de su mesa algunas veces, con perfecta gracia. A su turno recibía más invitaciones de las que ni podía ni quería aceptar. Por un principio de doble economía se escusaba de esas grandes comidas, de esos interminables festines, bastante de moda en la campaña. Fuera de que la reciprocidad de estas políticas le hubiese empeñado en gastos bastante considerables, quería también no dejarse conducir a un tren de vida que hubiese robado preciosas horas a sus estudios, además de privar a sus trabajadores del estímulo de sus miradas y del ánimo que infundía su presencia.

Con todo, por grande que fuese su rigor a este respecto, no podía dispensarse de ceder algunas veces a razones de conveniencia o de encarecidas solicitudes. Entonces no perdía de vista su juventud, que todo en él, con excepción de su rostro, contribuía a hacer olvidar a los demás; encantaba a los convidados con la nobleza de sus maneras, la sal de su espíritu, lo agradable y sólido de su conversación.

Una sola casa había cuyas invitaciones nunca rehusaba Camilo, y en la que gustoso se detenía en coloquios íntimos y en largas conversaciones: era el presbiterio. Por su parte el Señor Cura no encontraba placer más grande que el de volver visitas al castellano de Belir, permanecer a solas con el que la Providencia le había deparado para bien de su parroquia.

En efecto, no se podría decir la dichosa influencia que ejercía Camilo en bien de la moral y de la religión. Con la energía de su fé y la indepen-

dencia de su caracter, no era él quien se pudiese contentar de ser cristiano a hurtadillas, católico a puertas cerradas: creia él deber a la verdad el profesarla a la claridad del dia, a toda luz.

El domingo, a menos que la hierba segada o el grano cortado no estuviese amenazado de la lluvia, todo reposaba religiosamente en Belair. A este respecto, desde el principio habia hecho Camilo su profesion de fé delante de todos sus trabajadores. «Mis amigos, les habia dicho, el domingo pertenece al Señor; nosotros debemos consagrárselo. Creedme, nada tendreis que perder: vuestro trabajo es bastante duro para que no tengais un dia de descanso por semana. Dios sabia lo que se hacia cuando ordenó al hombre el reposo del séptimo dia; y pues que la Santa Iglesia ha trasferido este reposo del sábadó al domingo, nuestro deber de cristianos es abstenernos en este dia de toda obra servil. Así todo el tiempo que yo pueda mandar aquí, este precepto será respetado en Belair: creeria faltar a mi religion y a la humanidad, si yo os obligase a trabajar el domingo.» Y este lenguaje lo tenia Camilo con todo el que necesitaba escucharlo.

En la sinceridad de sus convicciones y en la rectitud de su espíritu, no podia comprender la pusilanimidad de aquellos cristianos que no tienen el valor de profesar la fé, que temen la mirada del hombre mas que el ojo de Dios, el dicho del primer venido mas que los reproches de su conciencia. Tanta debilidad le era un fenómeno religioso inexplicable. Por lo que respecta a él, ninguna influencia era capaz de hacerle desviar ni retroceder un paso; seguia decididamente la linea derecha, como el camino mas corto para llegar al cumplimiento del deber.

El domingo asistia a la misa mayor, a la vis-

ta de todo el mundo. Cuando se aproximaba al tribunal de la penitencia, aunque podia él ser escuchado en la sacristia, preferia pasar por el confesionario ordinario, con las buenas mujeres y los paisanos de la aldea.

Esta cristiana independendencia, que ni teme ni busca las miradas de los que nos rodean, que pierde de vista a los hombres, para levantar los ojos a las alturas en que reposan el deber y la virtud, no podia desde luego dejar de sorprender y causar asombro. Pero como la libertad de este comportamiento religioso, estaba sostenido por la dignidad de una vida en que la maledicencia no tenia qué morder, no se tardó en volver de la sorpresa; y aun mas todavia, se terminó por estimar por lo bajo, en admirar por lo alto, y en fin, ¡supremo homenaje rendido a la virtud!, por imitar lo que se admiraba. Gracias a la fuerza, al atractivo de los ejemplos, mas de un paisano se desvió de la taberna para volver a tomar el camino demasiado olvidado de la Iglesia. Puesto que el Señor Camilo, un hombre de tal mérito y de tal consideracion, marchaba a la cabeza, no se podia quedar rezagado de él.

El movimiento comenzó por lo bajo, en los rangos de los simples aldeanos, adelantó poco a poco, y subió hasta las clases elevadas. No se necesitó mas para matar al respeto humano, y cerrar la boca a los espíritus fuertes del pais, espantajo de los cristianos pusilánimes del alrededor.

Sucedianse los años, correspondiendo todos, con excepcion de uno solo, a las esperanzas de Camilo, coronando sus ensayos agrícolas con magníficos resultados. Con un poco mas de tiempo, él se arreglará en Belair un nido delicioso donde nada tendrá que desear. Apasionado de los encantos de la campaña, en su comparacion la ciudad le parecia una morada

insoportable. En los viajes que se veia precisado hacer a Leon, apenas llegaba, cuando no tardaba en alejarse de ese gentio, de esa voceria, de ese polvo, de ese aire espeso. Subia al Jardin de plantas, presentaba sus cuentas a su padre, le ponía al corriente de la situacion, y, espeditos sus demas quehaceres, emprendia su rápido vuelo acia su bello y tranquilo valle.

Lo que le atraia ante todo, lo que le encadenaba á este lugar, era la viva afeccion que le atestiguan los que lo rodeaban, las muestras de simpatia que recibia de todos los habitantes.

En San German y en las cercanias, nadie mejor que Camilo gozaba de la estimacion pública. Pues para propagarse y estenderse su reputacion, tenia mas de un clarín, dando cada uno una nota particular, que resonaba en diferente escala. Además de sus obreros que proclamaban la bondad del Señor Camilo á son de trompeta, los grandes propietarios y los principales arrendatarios, se admiraban entre ellos de su saber y de su precoz experiencia; en los salones, las damas hablaban de su esquisita delicadeza, de esa política digna y reservada que inspira el respeto de sí mismo y el de los otros; entre sus compañeros de las cercanias, el Señor Cura de San German se lisonjeaba de tener en su parroquia el mejor corazon y el mas sólido cristiano del canton; hasta los pobres, acostumbrados á encontrar siempre buena cara y buena limosna en el castillo de Belair,—porque entonces la mendicidad no estaba entredicha,—hacian resonar á lo largo de los caminos el elojio del caritativo jóven.

VII.

LAS CONSECUENCIAS DE UNA INDISCRECION.

Siete años hacia que la vida de Camilo se desli-

zaba tranquila y afortunada en una campaña que él había convertido en morada deliciosa. Sin embargo, sin que pudiese sospecharlo, se preparaba una tempestad que iba á descargar sobre su cabeza, sin advertirle con un relámpago precursor.

El 2 de enero, una Señora de Leon que habitaba, durante el estio, un castillo vecino al de Belair, hacia su visita en la casa del Jardín de plantas. En el curso de la conversacion, se dejó escapar por inadvertencia una palabra que hacia alusion á los rumores que circulaban en San German. La Señora de Brema no dejó caer esta palabra en saco roto, la recojió con viveza y pidió la esplicacion. Estrechada mas de lo que hubiera querido la imprudente visitadora, no supo deshacerse de esas instancias; casi fatigada, entregó el fatal secreto, y se retiró, interiormente descontenta de sí misma y de la revelacion que acababa de hacer.

Difícil cosa el pintar la impresion producida sobre los dos esposos: el marido tenia toda la fiereza de un gentilhombre, la esposa, la espantadiza susceptibilidad de una mujer de estrado. El Señor de Brema estaba cruelmente herido en su honor, indignamente infamado en su reputacion. «Habia él pretendido condenar á Camilo á un destierro? Los hechos no probaban lo contrario?» se decia á sí mismo en la efervecencia de una cólera muda y concentrada. El rostro sombrío, la mirada encendida, las manos crispadas tras la espalda, paseaba á grandes pasos en el salon, haciendo crujir el entrepiso bajo los tacones de sus botas. Al mismo tiempo la Señora de Brema se habia dejado caer sobre un canapé, atacada de un espasmo nervioso, torciéndose convulsivamente como una persona desgarrada con profunda herida. Y en efecto, habia sido herida en el punto mas sensible: culpada mas fuertemente que su marido por el rumor

público, debía sentir mas pena que él en labarse las manos ante su conciencia.

Pasado el primer momento de exaltacion, fué menester considerar la situacion con un ojo mas tranquilo, y entenderse sobre la conducta que se seguiria. Estas indignas sospechas, ¿que origen podian tener? ¿que boca las habia puesto en circulacion? ¿Camilo era el culpable? ó bien, ¿era preciso atribuirlo todo á la malignidad pública? Sobre esto, no habia que esperar ningun esclarecimiento de la Señora que lo habia revelado todo. Que hacer en la duda? Apartar súbitamente á Camilo de la administracion de Belair, no era un partido aconsejado por la prudencia: era necesario evitar un estrépito que hubiese agravado el mal en vez de curarlo. Mejor era aguardar; el tiempo podia esclarecerlo todo. En todo caso, no tardaria en presentarse una ocasion para abreviarlo todo.

Terminado su curso de derecho, Anatolio estaba de vuelta de Paris. Despues de algunos años de residencia, se habia comprado para él una plaza de notario en Leon. Para pagar pues este cargo, cuyo precio era bastante subido, el Señor y la Señora de Brema no vieron cosa mejor que vender la heredad de Belair. Esta operacion tenia la triple ventaja de poner una suma importante á su disposicion, de romper toda relacion con un pais que se les hizo odioso, y en fin, de quitar á Camilo la explotacion de una propiedad con que se habia hecho sospechoso de haber abusado contra su familia.

La venta estaba terminada en Leon, con absoluta ignorancia de Camilo, y sin que hubiese tenido la mas ligera noticia de los preliminares de la venta. Cuando todo estuvo concluido, su padre le escribió para informarle de lo que habia pasado, y ordenarle el disponerlo todo, á fin de estar pronto á en-

tregar Belair á su nuevo propietario en la época que le indicaba. Por toda razon le decia que se habia visto obligado á vender esa propiedad.

Al leer esta carta, una nube negra pasó por los ojos de Camilo; un instante permaneció inmóvil, como si hubiese sido herido del rayo. Vuelto en si mismo y al sentimiento de la realidad, ese papel fatal, que tenia aun en una mano inerte, lo depositó sobre el marmol de la chimenea, al pie de su buena madre. Y cayendo de rodillas, y mirando á la dulce Virgen al traves de sus lágrimas: «O María, dijo, acordaos que sois mi madre». El nombre de Maria despertó en su corazon un sentimiento de esperanza; la oracion le penetró dulcemente de su influencia tranquilizadora, abrió su alma a una sumision resignada; en fin, él pudo respirar y reconocerse, despues de un sacudimiento cuya violencia y rapidez habia sorprendido su valor.

En esta triste circunstancia, comprendió mejor que nunca, cuanto socorro podia prestar al alma aflijida una amistad que pone á disposicion las caritativas ternuras del cristiano, y los divinos recursos del sacerdote. Frecuentemente iba á tocar las puertas del presbiterio, iba á reanimar su valor con los pasatiempos tanto mas preciosos para él, cuanto que debian ser los últimos. El estimado cura le hacia considerarlo todo á la luz de la fé; y en todo le mostraba la mano siempre adorable de la Providencia; y haciendole elevar sus miradas al cielo, le invitaba á entregarse con una confianza toda filial al Padre que está en los cielos: era la religion que, por órgano de este hombre de Dios, dirijia á Camilo sus soberanos consuelos.

En ciertos instantes, la voz del anciano se ponía temblorosa, su semblante tomaba una espresion mas tierna: el buen cura no podia precaverse de una emo-

cion que su edad y sus cabellos blancos hacian aun mas tocante. En visperas de perder a este jóven, en el que habia encontrado un amigo para sí, un apoyo para todas las buenas obras de su parroquia, no encontraba otro consuelo que decirse a sí mismo las palabras de Job que algunas veces habia sujerido a Camilo: «El Señor me lo dió, él mismo me lo ha quitado, que su nombre sea bendito!

En el dia indicado por el Señor de Brema, el nuevo propietario llegó a Belair. Al siguiente, Camilo no esperó que acabe de amanecer para ponerse en pié. Despues de haber fortificado su alma con la oracion de la mañana, recojió su medallon y se lo colgó; al cuello era su mas caro tesoro, y el único que nadie podria quitarselo. Antes de salir de su cuarto, abrió la ventana como para dar un adios a esta tierra en que habria querido morir. En este momento los crepúsculos del alba comenzaban a blanquear la cima de las colinas. Camilo dirijió una última mirada sobre los confines de este horizonte en que habia encerrado sus modestos deseos; sobre este valle querido, en que él esperaba pasar una vida apasible y honrada; sobre esta heredad en que sus afecciones habian echado tan hondas raices. Con esta vista, su corazon se enterneció, se estremeció de dolorosa emocion; entonces sintió desfallecer sus fuerzas, y se apartó de ese espectáculo para él tan triste en este momento, y se alejó precipitadamente de la ventana. Algunos minutos despues, rodaba hácia Leon, dejando tras sí el dolor, los recuerdos y las lágrimas.

¿Qué recepcion se le hará a Camilo en la casa paterna?

VIII.

LA CRISIS.

Camilo no habia podido despedirse de Belair sin

experimentar uno de aquellos desgarramientos dolorosos que sangran el corazón; se asemejaba a una planta arrancada violentamente de la tierra en que había echado profundas raíces. Entre tanto, a medida que se acercaba a Leon, sus pensamientos se volvían al lado de sus padres; las inquietudes que concebía a este respecto, llevando su sensibilidad a otro objeto, procuraban una distracción dichosa a sus penas personales. Olvidándose entonces de sí mismo, se preguntaba con ansiedad: ¿qué necesidad habría podido obligar a su padre a la venta de Belair? Su familia habría experimentado alguna gran pérdida? ¿Estaría amenazada de ruina? Caminaba, rápidamente hacia Leon, revolviendo en la mente mil conjeturas que exajeraba su ternura filial, cuando el carruaje, después del último paso, se detuvo sobre el pretil del Saona. Desciende con impaciencia febril, y toma al punto el camino del jardín de plantas.

Apenas llegó a la pequeña casa blanca, cuando Camilo se apresura para subir a la biblioteca, en donde su padre se encontraba en ese momento. Con temblorosa mano, golpea suavemente la puerta. Habiendo oído decir: «*Entrad*» la abrió y se dispuso a penetrar en el santuario que conocemos; mas, en vez de avanzar, queda clavado sobre el umbral.

Inmóvil sobre un ancho sillón de cuero, su padre acababa de lanzar sobre él una mirada fría y severa que le había detenido cortado. Por fin, volviendo un tanto de la sorpresa que le causaba lo raro de una recepción de la que nada comprendía, Camilo se aproxima lentamente, y con una voz conmovida:

—Mi padre, dice, vuestras órdenes han sido ejecutadas.

—Está bien, responde secamente el Sr. de Bre-

ma, no aguardaba menos de vuestra sumision.

Una palabra mas, y todo el misterio se esclarecerá.

—Mi padre, añadió Camilo, para vender la propiedad de Belair, es preciso que hayais estado descontento de vuestro hijo, o bien que la familia haya experimentado alguna desgracia.

—Sí, una desgracia! una de las mas grandes desgracias que puede herir a una familia ilustre como la nuestra! exclamò el Señor de Brema con un acento que hizo temblar a su hijo.

Y meciéndose violentamente en su sillón, y elevando gradualmente el tono de la voz hasta el diapason de la cólera, puso a Camilo al corriente de todos los rumores que habian circulado y circulaban aun en San German.

—Ahora, añadió comprendereis, por que se ha vendido Belair; y vereis si vuestro padre pudo haceros una brillante recepcion.

Dicho esto, se levantó precipitadamente y se puso á pasear a lo largo de la vasta pieza que vibraba al golpe de sus pasos. Camilo quedó de pié hácia uno de los ángulos del escritorio de su padre, pálido como una estatua de mármol, en la actitud del estupor. El pobre jóven, creia soñar, se pasaba y repasaba la mano sobre la frente como para disipar las ilusiones penosas de una horrible pesadilla. La impresion que experimentaba era semejante a la que siente un propietario cuando, muchas veces, en medio de las sombras de la noche, percibe, a las claridades siniestras del incendio, su casa devorada por las llamas.

Despues de haber dado algunos paseos en la biblioteca, el Señor de Brema se detuvo repentinamente delante de su hijo.

—Y bien! le dijo, lanzando sobre él una de

esas miradas que abrasan, podriais indicarme el miserable autor de esas infamias?

Estas palabras que parecian ser el prelude de un interrogatorio, hicieron saltar á Camilo; volvieron el color á su rostro, y el movimiento á su cuerpo.

—Ese miserable! Como podré hacérosle conocer? respondió; si es la primera vez que oigo hablar de esas infamias.

— Cosa estraña!...Y vos sereis completamente ageno a estos rumores?

A esta pregunta que le informa directamente de todo, hiriéndole en lo mas sensible de su alma, Camilo levantó los ojos y las manos al cielo; y con la vivacidad de una ternura desconocida exclamó.....

—Tomo al cielo por testigo de mi inocencia!

—Y que prueba podreis darme de esa inocencia?

—Mi vida toda.

—Intencionalmente arrojar la reputacion de vuestra familia como pasto a las lenguas malevolas, nó, yo no os creo capaz.

A estas palabras, Camilo respiró; su corazon principiaba a verse aligerado de un peso enorme.

—Mas, agregó su padre, no habreis, por inadvertencia, descubierto los secretos de la familia?, por palabras, cuyas consecuencias no calculais, no habreis dado origen a esas infames calumnias?

—Jamás! jamás! Queda un medio muy sencillo para conocer la fuente del mal, y és, tomar por vos mismo o por una persona segura las informaciones en esos lugares.

—Que yo habia de renovar este escándalo, dar a este deplorable asunto la publicidad y el ruido de una informacion! esto es imposible.

—Yo mismo iré a Sau-German, y me justificaré en vuestra presencia.

—El honor de la familia antes que el vuestro!

yo os prohibo tener ninguna especie de relacion con San-Germain y sus habitantes. Si en Leon, o en otra parte, hubiere alguno bastante indiscreto para querer enterarse de este triste asunto, cortareis prontamente esas cuestiones impertinentes, alegando pura y simplemente los intereses de la familia. Id; si os parece encontrar frío y tristeza en torno vuestro, fácilmente podreis comprenderlo y explicarlo todo.

De la biblioteca, Camilo pasó a presentarse a su madre para saludarla. Allí tambien, fué a pasar por una escena que no era sinó una variante de la que su padre acababa de hacerle sufrir, con esta diferencia, punzante para el jóven, que las lágrimas y las crispaturas nerviosas se mezclaban a las palabras lanzadas contra él por su madre. «Aun suponiendo vuestra inocencia, le habia dicho en conclusion, no será menos cierto que la familia ha sido deshonrada, y esto por vuestra causa.»

Despues de este doble interrogatorio, Camilo se lanzó fuera de la casa. La fiebre abrasaba su frente, un temblor nervioso agitaba sus miembros, su corazón latia rápidamente en su pecho: tenia necesidad de mucho aire, y de la agitacion de un paseo veloz. Llegó al muelle, y tomó la ribera izquierda del Siona con un movimiento jadeante y precipitado, sin saber donde dirijia sus pasos. Las últimas palabras de su madre, que encerraban el pensamiento de sus parientes con respecto a él, resonaban aun en sus oídos, produciendo sobre él la excitacion de un latigazo; caminaba y devoraba el espacio, poseido de una especie de vértigo, los ojos fijos y sin mirar, sin percibir la isla Barbe que acababa de pasar, los bellos bosques y los espléndidos pueblos, ornamento de las dos colinas que encajonan el rio.

Luego que dentró en su habitacioncita, despues de un momento de reposo y de reflexion, su corazón

principió a desahogarse, prorrumpió en un torrente de lágrimas y de oraciones delante de la dulce imagen de Maria. En esta dolorosa expansion de su alma, Camilo recobró la fuerza necesaria para presentarse por la tarde a la mesa, al lado de su padre y de su madre, la comida pasó triste y desagradablemente silenciosa. Al dia siguiente, y en los sucesivos, el Señor y la Señora de Brema hablaron algunas palabras durante la comida. Camilo procuró en vano tomar parte en la conversacion; a sus tímidas tentativas no se respondia sinó por monosílabos secos y desconcertantes, y algunas veces sus preguntas quedaban sin contestacion. El mismo sistema se seguia, con respecto a él, cuando se encontraba con sus padres en el salon; tomó el partido de no presentarse mas. Por temor de irritar las negras sospechas en medio de las que habia vivido, creyó deber hacer el sacrificio de toda relacion exterior, y condenarse a una soledad casi completa, no reservándose otra sociedad que la de sus autores favoritos, ni otro placer que el de largos y solitarios paseos.

Dos meses pudo soportar Camilo este réjimen de aislamiento, dos meses luchó contra las sublevaciones de la naturaleza y del corazon, entregándose a Maria con toda la enerjia de su confianza, para no caer en terribles represalias, o precipitarse en completa desesperacion. A pesar de todo, aguardaba ablandar el rigor de sus padres, y disipar, en fin, las sospechas que habian concebido contra él. Tambien se proponia a apelar a la justicia mejor informada de su padre, cuando los rumores de San-German que habian estallado sin reserva despues de la venta de Belair, fueron a resonar en Leon, entre la jente con que se rosaban el Señor y la Señora de Brema. Desde entonces, Camilo comprendió que no podia tener un lugar en el seno de la familia, y que se encontraba

en el extremo de una situación cuya violencia consumía sus fuerzas físicas y morales.

Lleno de amargura interior, sin apoyo exterior, no tardó en encontrar un respiradero para salir de esa atmósfera que le sofocaba. A fin de hallar una solución, tomó el partido de presentarse a su padre, y preguntarle cuales eran sus intenciones con respecto a él.

— A vuestra edad y en vuestra situación, le respondió el Sr. de Brema, se debe tomar un partido *enérgico*.

Camilo sintió lo punzante de esta última palabra.

— Yo le tomaré, dijo él con voz temblorosa, y calmándose al momento: yo os pido nueve días, añadió, para pesarlo todo y no obrar de ligero.

— Está bien, respondió su padre.

Camilo se retiró. Al día siguiente, al rayar la aurora, se puso en marcha, piadoso peregrino, hacia la colina de Fourviere. Llegó a la Capilla, y se arrodilló delante de la balaustrada de yerro, en un sitio querido por sus dulces recuerdos. Oyó la santa misa, consultando al Hijo y a la Madre sobre su porvenir, que le parecía muy negro. Hizo esto durante nueve días. La prudencia le aconsejó no descubrirse a otro que al Sacerdote depositario de los secretos de su conciencia. Después de Jesús, se dirigió a Aquella que él conocía sensible a sus males y escuchaba sus plegarias; la conjuraba para que le trazase la ruta que debía seguir, y tomase en la mano el gobierno de su débil barca y la condujese a una playa tranquila.

Terminó la novena, y su resolución estuvo tomada. Después de madura reflexión, Camilo se había determinado a partir para la América. Como muchos otros, iría a pedir, de pronto un asilo, y después alguna otra cosa más, a esa tierra hospita-

laria. La tarde del noveno día, siguió, contra su costumbre, a sus padres al salón; y manteniéndose de pié en una actitud mas segura que de ordinario.

—Mi partido está tomado, dijo con un acento firme. Para ejecutarlo, no necesito mas que obtener el beneplácito de mis padres.

—¿Cuales son vuestros proyectos? le preguntó el Señor de Brema.

—Estoi decidido a partir para los Estados-Unidos. La América ha ocupado, largo tiempo, los ensueños de mi juventud; si no me alucino, creo entrever, para mi, una colocacion honrosa en esa tierra de la libertad.

Un tanto sorprendido por esta determinacion, que no aguardaba, el Señor de Brema se volvió hácia su esposa para consultar su parecer.

Ésta respondió con un lijero movimiento de la cabeza, acompañado de un jesto nada equívoco.

—Pues bien, contestó el Señor de Brema, si tal es vuestro deseo, no me opongo. Yo puedo poner, cuando gustéis, 5000 francos a vuestra disposicion.

—No pido mas, contestó el jóven.

Camilo no esperaba encontrar esta indiferencia, o mas bien este inflexible rigor en sus padres. Se apresuró a subir a su aposento; tenia necesidad de solazar su corazon oprimido, y retemplar su ánimo con una oracion dirigida a su tierna madre. «Ó Maria, la dijo, mas que nunca vuestro socorro ha venido a serme necesario. En San-Germain, yo os llamaba la Reina de Belair; sobre el Oceano, seréis mi estrella, y en la tierra extranjera, vos os mostrareis la Madre del pobre desterrado.»

Cinco dias despues, Camilo decía *adíos* para siempre a la casa paterna. Por todo consuelo se le dirijió estas dolorosas palabras: «Los mas desdicha-

dos no son los que parten!» La Señora de Brema había dicho mas verdad de la que pensaba.

IX

EL DESTIERRO VOLUNTARIO.

Habiendo llegado al puerto, Camilo se embarcó en un buque mercante. Despues de dos meses de una dichosa travesia, el navio se halló en el embocadero del Misisipi, balanceándose entre las olas del golfo de Méjico y las amarillentas aguas del gran rio de la América setentrional. En ese momento, Camilo estaba sentado con la espalda apoyada contra los filaretos del buque, los ojos perdidos sobre el inmenso mar, sin ver nada, sin percibir nada en medio del ruido y de la agitacion que habia en torno suyo. Los marineros se apresuran a maniobrar; los pasajeros, reunidos sobre el puente, saludan con entusiastas *urras* la entrada del buque en el rio: nada podia apartarle de su profundo desvario. Tampoco fijaba nadie la atencion en él. Despues de una larga travesia, es muy natural reposar sobre un banco y permanecer sentado para dejar pasar el desvario que aun ofusca la mente, pues luego que se ha entrado en la rivera se siente uno ajitado por las penosas oscilaciones de vaiven.

Despues de haber salvado la barra del Misisipi, el navio remontó penosamente el curso del rio. Mientras que en torno suyo todos se abandonaban a los trasportes de una loca alegria, Camilo estaba entregado à las agitaciones de la mas viva inquietud. En esta tierra estrajera ¿qué será de él? Luego irá á desembarcar á Nueva--Orleans: solo, aislado, sin apoyo, sin parientes, sin conocimientos, ¿a quien dirigirse en esa inmensa ciudad, y cómo encontrar una colocacion? Estas cuestiones se presentaban en

tumulto a su cabeza aun fatigada por el mareo, cuando, en un movimiento instintivo, llevó la mano derecha al precioso medallon que reposaba sobre el pecho como el paladion de sus esperanzas. A este contacto, en apariencia fortuito, desaparecieron al punto sus ansiedades y sus penas; volvió la calma a su espíritu, y reapareció la serenidad en su frente. En una palabra, Maria acababa de disipar todas esas nubes. ¿Por qué abandonarse a esa inquietud desconfiada, a esas tristezas exageradas? Maria tenia los ojos y el corazon abiertos sobre él. Con ella, no estaria solo en tierra estrangera, bajo de su direccion podia ponerse confiadamente en marcha por el camino de la vida.*

A esta idea refrijerante para su alma como la brisa que soplabá por su frente, se levantó, y dirigió una mirada curiosa por el horizonte, y vió presentase sobre la rivera izquierda del rio la ciudad floreciente que habia escojido con preferencia a toda otra, para abrigar su desdicha. Bien luego ponía el pié sobre el muelle de Nueva-Orleans.

Camilo se alojó en un pequeño hotel próximo a la calle del Canal, esta grande artéria que divide la ciudad en dos barrios, el barrio francés y el americano. Antes de tomar ningun reposo, ningun alimento, quizo hacer una visita al único amigo que podia tener en esa tierra. Inmediatamente se hizo conducir con un doméstico a la catedral católica: esta era la única casa en donde era conocido, y en la que podia tener entrada libre. Luego que hubo penetrado en la nave, se postró delante del altar mayor, con la cabeza sostenida en las dos manos, adoró y rogó largo tiempo a su Dios. Cumplido este primer acto de piedad, se dirigió, a la capilla de la Virgen, depositó a sus pies sus homenajes de recien llegado; luego pidió a Maria le fa-

voreciase en sus primeros pasos, y le procurase una colocacion en esa grande y activa ciudad.

Terminaba su peticion, cuando un rayo de luz iluminò subitamente su espíritu. En Léon, Camilo habia oido hablar de Monseñor Blanc, Obispo de Nueva—Orleans; víole la idea de hacer una visita á este prelado, y dirigirse á su corazon de Obispo y de frances. Al punto se levantò y se dirigió á la puerta de la iglesia. Acababa de pisar el umbral, cuando encontró con un Sacerdote que venia en sentido opuesto, y se destocaba ya para entrar en la Catedral. Camilo se le aproximó, y con ese aire y tono de respetuosa política que prevenia en su favor, le dijo:

—Señor, podreis decirme dónde se encuentra el palacio episcopal?

—De buena gana! responde el eclesiástico, y dandose vuelta, indicò á Camilo una casa inmediata.

—Ved ahí el palacio episcopal, dijo, Monseñor está ausente; pero, regresad mañana, yo me encargo de presentaros á su Grandeza, soi uno de sus grandes vicarios.....I bien! para que yo puede hablar, esta tarde de vos á Monseñor, quereis decirme cual es vuestro pais?

— Soi de Leon.

—De Leon! la ciudad de la Santa Virgen, de la Propagacion de la Fè! Esta es ya una recomendacion. I vuestra familia?

—Mi familia es orijinaria de Forez.

—De Forez! Pues Monseñor es tambien hijo de Forez. Nueva recomendacion. Vuestro nombre?

Camilo titubeó en responder, lo que viendo el gran vicario:

—Es bastante, dijo, mañana lo direis todo á Monseñor. Hasta mañana á las once del dia; yo os introduciré á la Corte Episcopal.—

El vicario se retiró.

Camilo creía que soñaba; se golpeaba la frente como si estuviese engañado por una ilusión. Esta impresión pasajera no tardó en desvanecerse para dar lugar al sentimiento de la realidad: en ese dichoso encuentro, no tuvo dificultad en reconocer las primicias de la protección que acababa de reclamar del cielo para las dificultades presentes.

Al día siguiente, hacia las once de la mañana, el vicario encontró á Camilo en el lugar indicado, y le presentó á Monseñor Blanc. El excelente prelado que recibía á todo el mundo con una afectuosa bondad, acogió á nuestro joven Lionés con un gozo y una efusión que reservaba para sus compatriotas. Hizo sentarse á Camilo á su lado. Le habló, desde luego, de la Francia, de Forez, de Leon, de Fourvière, con la animación patriótica de un francés y el sentimiento piadoso de un Obispo.

—Señor, le dijo por fin, podré preguntaros vuestro nombre?

—Yo me llamo Camilo de Brema.

—Camilo de Brema! exclamó Monseñor sorprendido. I despues de algunas explicaciones pedidas y dadas, dijo: He conocido mucho á vuestro padre! I que motivo os ha traído á Nueva—Orleans?

—Camilo hablo lijeramente de sus infortunios y desgracias, excusando la memoria de sus padres, y explicando todo por circunstancias fatales independientes de la voluntad de aquellos.

Monseñor estaba conmovido hasta el extremo de derramar lagrimas.

—Es bastante, dijo, Señor Camilo, podeis contar conmigo. Dentro de cuatro días, á la misma hora volvereis á verme.

—Monseñor Blanc habló de Camilo á las familias católicas, le recomendo con interes á los padres

y madres para dar lecciones particulares á sus hijos. Con esta alta recomendacion, el jóven encontró luego un empleo lucrativo para las doce horas del dia. Por lo demas, tenia todo lo que es menester para salir bien como profesor en Nueva-Orleans. Durante sus años de Colejio habia aprovechado del aislamiento, á que le condenaba la frialdad de sus padres, para cultivar su espíritu en diversos sentidos. Ademas de las lenguas antiguas, que conocia correctamente, le éran familiares el italiano y el inglés; conocia bastante las matemáticas, para las carreras ordinarias, dibujaba muy bien, y tocaba con gusto el piano. A todo esto, reunía la ventaja de ser hábil botánico y agrónomo distinguido.

Cuanto se alegrò de encontrar, en la variedad de sus conocimientos, con qué bastarse á sí mismo! y de hallarse con los medios para hacer frente á las dificultades de su posición! Mui bien habia hecho en dedicarse á la música y al dibujo; esas artes de encanto que, segun las previsiones ordinarias, devian servir unicamente para adornar su vida, y distraer sus horas de ocio, habiau llegado á ser uno de sus recursos mas fecundos y ventajosos para ganar la vida.

En una época borrascosa como la nuestra, no es seguro contar mucho con la fortuna de sus padres, y dormir confiando en ella, en completa seguridad. Para ponerse al abrigo de crueles decepciones, es prudente tener muchas cuerdas en el arco, y prepararse para el porvenir, como si uno no debiese aguardar nada sinò de sí mismo.

En la nueva carrera que acababa de abrirsele, Camilo dió prueba de tanta habilidad para con los niños, puso tanto tino y delicadeza en sus relaciones con los miembros de sus familias, que todos suponian en él una existencia inexplicable, le juzgaron

muy superior, por sus talentos y su nacimiento, á la humilde posicion de un profesor ambulante obligado á dar sus lecciones en casas particulares.

El nombre de Camilo no tardó en ser conocido en Nueva-Orleans. Los Ingleses y los Americanos, que se preciaban de literatos, y que no sabia hablar mas que el frances, buscaban su compañía, y algunos de ellos tomaron sus lecciones que se las pagaban con buenos *dollars* al contado. Poco a poco el jóven profesor estuvo de moda en todo el barrio del Canal: su aire noble, la distincion de sus maneras, le hacian admitir en la alta sociedad; a la vez que la elevacion y fineza de su espíritu, sus dotes agradables y la variedad de sus conocimientos, le hacian el ornato de las brillantes reuniones y de las fiestas literarias. En esas ocasiones, no pocas veces, se le invitaba a decir algunos bellos versos de nuestros poetas contemporáneos, a recitar alguna escena interesante de Corneille o de Racine. Camilo se prestaba a todo con la mejor voluntad del mundo; vertia esos trozos con una verdad de sentimiento, una gracia de gestos, una expresion de fisonomia, que valian al nuevo Talma entusiastas aplausos, y *bravos* repetidos. Religioso y modesto, como era, supo colocarse sobre estas satisfacciones vulgares de la vanidad para contentarse con semejante retribucion; amigo de los pobres, explotaba este entusiasmo en su favor; hacia llamamiento a los sentimientos cristianos, o por lo menos a la filantropia de sus admiradores, y recojia ofrendas que el mismo se encargaba de llevarselas.

Es preciso decirlo tambien, el misterio con que Camilo estaba discretamente envuelto, picando la curiosidad de muchos, no contribuia poco a ponerle en voga en Nueva-Orleans. A nadie habia confiado la historia de sus desgracias; el nombre mismo de su familia era desconocido. Para todos, menos para Mon-

señor Blanc, a quien había recomendado el secreto, se ocultaba bajo el simple nombre de Camilo. Con todo eso, por la distincion de sus maneras y de toda su persona, por la cultura y la gracia de su espíritu, se descubria un sujeto de distincion, y un jóven salido de noble familia.

Hacia ya dos años que Camilo estaba en Nueva-Orleans, cuando un rico hacendado, el Señor Walton, buen católico y americano de orijen, se presentó a proponerle la educacion de dos niños, de los que el mayor tenia ocho años tan solo. Para estos queridos niños, el Señor Walton, obligado por sus ocupaciones a frecuentes viajes, deseaba un segundo padre, y para sí mismo, un amigo: esta era una gracia, un favor que reclamaba del Señor Camilo. Mil doscientos *dollars* por año. (seiscientos de pensión), si llevaba la obra a su término, le serian asegurados, menos que como retribucion, como una pequeña muestra de reconocimiento. Los dos niños que el Señor Walton había llevado consigo apoyaban, a su manera, la súplica de su padre; ellos la solicitaban con una mirada cariñosa, y una sonrisa que se deslizaba en sus francas y cándidas figuras. Despues de algunos días de reflexion, Camilo aceptó la oferta que se le había hecho, sin comprometerse para el porvenir: su salud quebrantada, por el clima de la Luisiana, reclamaba cuidados indispensables; para recobrarla, encontraria todo, a su agrado, en la familia Walton, sin contar con que gozaria de mas calma é independencía que la que podria tener en su posicion de profesor ambulante.

En la casa del rico hacendado, fué grande la alegría el día en que Camilo inauguró sus nuevas funciones. El Señor y la Señora Walton estaban orgullosos de haber llevado a su lado un jóven recibido en la mejor sociedad por su saber y sus ta-

lentos agradables, por la elevacion de su caracter y la nobleza de su conducta; los niños que Camilo habia yá educado eran como ángeles; no habia entre los negros y los negritos de la cocina y de la caballeriza quien no estuviese de fiesta; en el jóven francés, habian creido encontrar un amigo de los negros, y nó se engañaron.

Desde el dia siguiente de su instalacion como preceptor, Camilo se puso á la obra con el entusiasmo y la pasion del deber. Se portó mui bien con sus dos discípulos, y les rodeó de cuidados tan inteligentes como debidos, que no tardó en ganar su afecto, y lo que es mas difícil, en someter la independencia tan americana de su caracter. Por su parte, los niños se le estrecharon de tal suerte que no podian separarsele. En vez de desplegar su ardiente actividad en querellarse entre ellos, ó estropear a los negritos que no siempre se prestaban de buena voluntad a sus diversiones, en las que ellos pagaban sus caprichos, en las horas frescas del dia, preferian pasar con su preceptor sobre la calzada del Misisipi, o bien ir en su carruaje hasta el borde del lago Pontchartrain. Con gran satisfaccion de sus padres y de todos los de la casa, esos diablillos de yerro, extraños al órden y a la disciplina, se habian vuelto sumisos y suaves como unos corderos. Para llegar a esta transformacion, Camilo habia contado, menos que con su habilidad propia, con una influencia superior a la suya. Los sentimientos religiosos que con tanto empeño habia procurado imprimir en los corazones de sus discípulos, le habian ayudado poderosamente a contener esas naturalezas difíciles, y doblar en esas jóvenes cabezas la arrogancia republicana que los Americanos parecen mamar con la leche, y respirar con el aire que les rodea.

Aun un poco de tiempo, y los esposos Walton podran, sin ilusion ni lisonja personal, hablar de sus hijos como de unas verdaderas maravillas. Para recompensar servicios de esta naturaleza, ¿qué eran mil doscientos *dollars*? El hacendado y su esposa lo comprendian mejor que nadie; así para no quedar muy resagados en la compensacion à la consagracion del preceptor, habíante procurado un suplemento delicado, muy de su gusto.

Camilo vivía en la familia bajo el pié de un confidente, de un amigo, casi de un pariente; consejero ordinario del señor Walton, estaba al corriente de todos sus negocios, y sobre todos daba su parecer que era de gran peso en la balanza. Por otra parte, la señora Walton, que apreciaba, antes que los demas tesoros, las riquezas del espíritu y del corazon, acariciaba *in petto* la idea de ligarle à la familia con lazos mas estrechos. Nadie pues habria osado disputar su parte à Camilo, si hubiese querido pretender la mano de la señorita Walton.

Para Camilo comenzaba el porvenir à presentarse color de rosa; habíase conquistado en Nueva Orleans una vida dulce y tranquila, cuando una carta llegada de Europa vino a turbar su dicha y desconcertar todas sus esperanzas.

X.

TRISTES NUEVAS.

Durante la estacion del calor, la familia Walton iba à pedir un poco de sombra y frescura à una deliciosa casa de campo situada à orillas del mar. La casa estaba vuelta al mediodia sobre el golfo de Méjico, y por sus ventanas aspiraba las ráfajas de la brisa, que tarde y mañana soplaban à lo largo. Del

estado del norte daba vista sobre un jardín en que el sol de los trópicos, desarrollaba las maravillas de una vegetación desconocida en los climas más templados y dulces de Europa.

Era una tarde de mayo; toda la familia estaba reunida en el salón, departamento magnífico en que grandes espejos estaban intercalados con paños esmaltados de flores por un pincel gracioso. La tarde era deliciosa; las olas que se sucedían dulcemente acariciaban la rivera con una blanca espuma; los pájaros cantaban en el follaje de los naranjos y magnolias en flor; el soplo de la brisa inflaba muellemente las cortinas de las ventanas entre abiertas, y reuniendo todos los ruidos de la tarde en una dulce armonía, los hacía resonar atenuados en el interior del salón.

La señora Walton y su hija, con la cabeza inclinada sobre una rica tapisería, pasaban las últimas hebras a unas rosas en relieve que las luces cruzadas de dos arañas hacían brillar sobre un fondo de terciopelo carmesí. El señor Walton pasaba la vista negligentemente sobre las largas columnas de un diario. Por invitación de éste, Camilo se puso al piano, y acompañándose a sí mismo, cantaba con voz dulce y conmovida el bello romance de Chateaubriand: *Combien j' ai douce souvenirance*. Los dos niños estaban arrimados, el uno á derecha y el otro á izquierda al borde del instrumento, siguiendo con los ojos las rápidas evoluciones de los dedos sobre el marfil del teclado; el señor Walton había echado el diario á un lado, mientras que la señora Walton y su hija habían dejado caer la aguja sobre la tapicería, para escuchar el romance del autor caro á la América.

Acaba de resonar la última nota en las cuerdas del instrumento y en los labios de Camilo, cuando

entró en el salón un negro con el paquete de la correspondencia. Bien pronto el señor Walton escogió diferentes piezas; y al llegar à la última: «Ah! señor Camilo, una carta de Europa para vos,» dijo. Y entregó al preceptor un vasto pliego cubierto de timbres. A la primera vista de la direccion, Camilo reconoció la letra del buen cura de San German. No pudiendo moderar su impaciente curiosidad, pidió permiso, y con una mano trémula con la emocion, hizo brincar el largo sello de laere.

Hacia cinco años que no recibia noticias de sus padres; dos cartas que habia dirigido à Leon no habian sido contestadas. ¿Como interpretar este penoso silencio? ¿Habrian muerto sus padres? habrian sido arrojados de su casa por la desgracia? ¿mantenian su rigor hasta el punto de no contestarle? El buen cura de San German, quien se habia dirigido por último recurso, iba à esclarecerlo todo.

Camilo se habia levantado; de pié bajo la luz de una araña, recorria con avidez esta carta, que era la primera que le llegaba del otro lado del Oceano. Mientras tanto, el señor y la señora Walton, así, como sus hijos, tenian los ojos fijos sobre él, procurando leer en su fisonomía la naturaleza de las noticias que le venian de Europa. De un golpe el papel se sacude en sus manos ajitadas; Camilo palidece, levanta al cielo una mirada llena de indecible tristeza y se deja caer en un sillón que se encontraba à sus espaldas. Al ver esto, toda la familia le rodea con afán.

—¿Qué es lo que hay? repiten el señor y la señora Walton.

—Ay! suspira Camilo.

—Por favor, explicaos,, dice el señor Walton.

—El deber me llama à Europa; yo debo dejaros, responde Camilo con una voz quebrada de angustia,

A estas palabras, una exclamacion unánime de dolor resuena en el salon.

—¿Qué deber es pues ese? repone el señor Walton.

—Es un padre infortunado que me llama de mas allá del Oceano.

A semejante motivo, nada habia que oponer; todos se callan. Despues de algunos segundos de doloroso silencio, Camilo presentando al señor Walton la carta del cura de San German:

—Leed, le dice.

El hacendado y su esposa bien luego recorrieron la fatal misiva; los dos estaban conmovidos hasta derramar lágrimas. ¿Qué habia sucedido pues en la familia de Brema?

Siguiendo los yerros de mas de un notario, Anatolio se habia lanzado en falsas especulaciones de banco, y habia tenido pérdidas enormes. Para sacar á su hijo del abismo, el Señor de Brema habia tenido que vender la casa del Jardin de plantas, remitir á los acreedores sus títulos de renta sobre el Estado, sacrificar aun la mayor parte de su querida biblioteca, y en fin, reducirse á no conservar mas que lo estrictamente necesario para él y su esposa. Gracias á estos enormes sacrificios, habia podido salvar el honor de la familia y el credito de Anatolio. Sin aprovecharse de la severa leccion que acababa de recibir, el imprudente jóven habia querido de nuevo correr los azares de la fortuna; esta tentativa habia terminado por una completa ruina. Y un dia, sin decir nada á su padre ni á su madre, habia desaparecido, sin que se pudiese saber lo que se habia hecho. La Senora de Brema no habia podido resistir á golpes tan terribles y multiplicados, y habia muerto de pesadumbre. Despues de la pérdida de su esposa, el Señor de Brema, de-

jando Leon, se habia retirado à San Dionisio, cerca de Paris. Para colmo de desdicha, habia perdido la vista, segun se decia.

Tales eran las desoladoras nuevas que el buen cura de San German comunicaba al pobre Camilo.

—Querido señor Camilo! le dijo el señor Walton, volviéndole la carta, vuestras desgracias son las nuestras; debemos partirlas con vos, y ayudaros à hacerlas frente. Mi caja os está abierta; tomad la suma que querais, é id donde vuestro corazon os llama. Despues de llenar los deberes de un buen hijo, volved à Nueva-Orleans.

—Nuestro techo es para vos como un techo de familia, le decia la señora Walton; él puede abrigar las desgracias de vuestro padre.

—Señor Camilo, añadió el hacendado, vuestra plaza permanecerá vacante para nuestros hijos: despues de vos, ¿quien podria ocuparla? Vos nos escribireis frecuentemente, y no tardareis en volver. Dadnos esta esperanza para endulzar la pena de vuestra cruel separacion.

—Cruel! sí, bien cruel para mi! exclamó Camilo. A Dios y à María pediré frecuentemente en mis plegarias el volver à ver à mis caros discipulos, el volver al seno de una familia que me acoje como à uno de sus miembros.

Al salir del salon, los niños difundieron la tristeza entre los negros, anunciándoles la próxima partida del señor Camilo. «Ay! decian los negros, vamos à perder à nuestro mejor amigo.» A pesar de su rudeza y de lo grosero de su natural, estas pobres gentes no habian sido insensibles à los servicios que habian recibido del caritativo preceptor; que elevándose sobre los juicios de que estos desgraciados africanos son con demasiada frecuencia victimas, no veia en ellos mas que hermanos deshe-

redados, tanto mas dignos de compasión, cuanto que su suerte es mas deplorable. Por un principio de igualdad cristiana, no se desdeñaba de tratar familiarmente con ellos. Llegada la tarde y cuando todos los trabajos del día estaban terminados, se complacía en reunirlos en torno suyo, para hablarles de Aquel que es Dios de los negros tanto como de los blancos, de Aquella que es madre de los unos así como de los otros. Para animarlos á la paciencia, les enseñaba á levantar sus miradas sobre este mundo, mas allá de esta vida; les mostraba el cielo, donde hay preparados tantos tronos para los que hayan practicado aquí abajo la virtud, sea cual fuere su color. No es esto todo; desde el principio, Camilo se habia constituido defensor de los negros; se habia hecho su abogado ante el señor Walton, y Dios sabe cuantos golpes de baston habia desviado de las espaldas de muchos. Los esclavos no lo ignoraban; sabian a quien atribuir la suavidad introducida hacia poco en su régimen. Despues de esto, ¿cómo no hubiesen sido sensibles á la nueva que acababan de oír?

Cuando Camilo se retiró á su cuarto, se puso á releer la triste carta del cura de San German. Solo consigo mismo, pudo abandonarse sin reserva al dolor, y dar libre curso á sus lágrimas. Desahogada la naturaleza, llegaba su vez á la religion y á los piadosos deberes que ella impone al católico, cuando una tumba se abre para recibir á alguno de los suyos. Camilo cae de rodillas al pié de un crucifijo; y con las santas tristezas de un duelo cristiano, y con las dulces esperanzas que da la fé, recita las oraciones por los muertos, conjura al Señor para que se digne admitir el alma de su madre en el lugar del refrijerio y de la paz, si aun no le habia sido abierto. En la triste situacion en que se en-

contraba, su padre no pudo ser olvidado; Camilo lo encomendó vivamente al corazón compasivo de María, y la suplicó que velará sobre el pobre viejo, que fuera la luz de sus tinieblas, el consuelo de su desgracia.

Trascursó la noche sin sueño para Camilo; la pasó en los gemidos y en las súplicas de la oración. Ya el agudo canto del gallo había saludado la proximidad del día, ya los primeros albores comenzaban á blanquear el cielo del lado del oriente; Camilo bajó de su cuarto, se alejó algunos pasos del jardín, se introdujo en una calle de plátanos y se puso á pasear con un aire triste y pensativo. Un negro que salía de su cabaña para ir al trabajo, lo distinguió; prontamente fué á prevenir á sus compañeros. Un instante despues, Camilo se encontraba rodeado de una cincuentena de figuras mohinas y tristes. Un negro viejo a quien había salvado de una terrible ejecución, le decía:

—Por María á quien amais, y que os ama, permaneced, permaneced con nosotros!

—Amigos míos, repuso Camilo, Dios sabe y sabeis vosotros si os estoy ligado! Pero yo debo partir: un padre desdichado es quien me llama de allá del Oceano.

—A lo menos, añadió el viejo negro, vos no olvidareis á los negros del señor Walton; vos rogareis siempre por ellos.

—No, dijo Camilo, yo no os olvidaré. Y vosotros tambien pensad algunas veces en el pobre Camilo; consagradle un piadoso recuerdo delante de Dios y de su santa Madre.

Y los abrazó a todos, como a hermanos que tal vez no volveria a ver. Algunos derramaban lágrimas, las primeras que hubiesen corrido sobre sus cachetes de ébano; otros deseaban al señor Camilo

felicidad y buen suceso en su viaje; todos manifestaban una tristeza en que el reconocimiento tenia mas parte que el interes personal.

Una semana despues de esta escena, acababa de sonar la uua en el gran reloj del salon; los niños dormian entre cortinas de gaza; los negros reposaban en sus departamentos; la luna desde el alto cielo, argenteaba la campiña con sus blancos rayos; el señor y la señora Walton montaban en un elegante tiburú; Camilo se colocaba adelante de ellos; un cochero negro chicoteaba, y dos elegantes corceles tiraban el ligero equipaje por el camino de Nueva-Orleans. Antes de las horas ardientes del día, el vehículo se detenia junto al muelle del puerto; Camilo daba el *adios* al señor y a la señora de Walton, y despues se embarcaba en un *steamboat* ingles que debia tocar en el Habre.

XI.

COMO SE HIZO CAMILO RECONOCER DE SU PADRE.

Apenas llegado a la capital, Camilo corrió al omnibus de San Dionisio. Apretado en un rincon del pasado carruaje, se preguntaba a sí mismo como se conduciría para presentarse a su padre. Despues de todo lo que se habia pasado, ¿debía declararse inmediatamente? ¿No exijia la prudencia el preparar al anciano al retorno de su hijo, y no esponerlo a los sacudimientos violentos de una sorpresa demasiado súbita? Revolvía aun estos pensamientos en su cabeza, cuando el omnibus se detuvo ante un pequeño hotel de San Dionisio.

Camilo se puso inmediatamente en diligencia para descubrir la morada de su padre. Con las indicaciones que se le dieron llegó bien pronto al fren-

te de una casa mui modesta: el Señor de Brema ocupaba en ella una cámara en el segundo piso. En aquel momento a la entrada de un largo corredor que daba sobre la calle, se encontraba una vieja mujer ocupada en tejer unas medias de lana blanca. Camilo se le aproxima; despues de asegurarse, sin darse a conocer, que hablaba a la doméstica de su padre, la preguntó como se encontraba en su posición. La respuesta no se hizo aguardar.

La vieja estaba descontenta de su salario, que era muy módico, descontenta del Señor de Brema, descontenta de todo. Nadie podia permanecer con un viejo ciego que tenia todas las enfermedades de la edad; con un señor que nunca estaba contento, que no abria la boca mas que para reñir y lamentarse. En diez y ocho meses que permanecia en San Dionisio, el Señor de Brema habia agotado la paciencia de siete domésticos. Ella misma estaba decidida a salir de esta *galera*; la reemplazaria quien quisiese. «Para servir a semejante Señor, añadia ella, seria preciso ser un ángel, una Hermana de caridad, ó bien uno de sus hijos».

Estas últimas palabras fueron un rayo de luz para Camilo. Puesto que nadie tenia paciencia para consagrar a su anciano padre los cuidados reclamados por su estado, ¿por qué, manteniéndose incógnito, no se pondria él a su servicio? Esperaba disimular bastante el metal de su voz, y aprovecharse de la ceguera del anciano para no ser reconocido. Y con todo eso, esta dichosa posición le procuraria el que pudiese sondear el corazón de su padre y le presentaria ocasión favorable para descubrirse.

Acojiendo esta idea que sonreia a su ternura filial, Camilo dijo a la vieja, que encontraba el medio de arreglarlo todo. Que estaba sin ocupación en San Dionisio; que la reemplazaria gustoso para con

el Señor de Brema, si éste lo consentía. Anciosa de salir por cualquiera puerta de una plaza poco lucrativa y nada agradable, la vieja fué a dar parte de esta proposición a su señor, no sin apoyarla en las buenas cualidades de un extranjero que acababa de ver por la primera vez. El Señor de Brema dificultaba; pero la doméstica insistió, declarando categóricamente que ella se retiraba cuando mas tarde al siguiente día. El Señor Brema tuvo que bajar la cabeza y ceder.

Al otro día Camilo entró al servicio de su padre, bajo el nombre de Jacobo. La primera vez que entró en la cámara de aquel que en adelante debía llamar su señor, la emoción le arrancó un suspiro que traicionó su secreto. El pesar y los sufrimientos habían de tal modo desfigurado a su padre, que con dificultad podía reconocerle en ese viejo con los ojos apagados, la cabeza calva, el rostro surcado de profundas arrugas. El Señor de Brema que a pesar suyo se sometía al nuevo doméstico, se contentó con dirigirle secamente dos o tres preguntas. Camilo contestó con brevedad, y con la voz tan hábilmente disimulada, que el anciano se engañó completamente.

El primer paso, el mas difícil, estaba dado. Camilo había entrado sin tropiezo en el magnífico rol que acababa de procurarse; y para desempeñarlo por algunos días, tenía mas riquezas de corazón, mas recursos de espíritu de las que había menester. Conocía los gustos de su padre, con el dinero que había llevado de América, podía satisfacerlos ampliamente. Hacia llevar la comida del *restaurant*, daba la repa blanca a componer y labar afuera; todo lo que concernía al orden y aseo de la cámara, y a prestar al anciano todos los cuidados precisos, era la tarea personal que había tomado sobre sí, y que des-

empeñaba con tanto celo como habilidad.

El Señor de Brema no tardó en deponer las prevenciones que tenía contra Jacobo: no tenía necesidad de ojos para apercibirse que se hallaba rodeado de una benevolencia y de una consagración a que no estaba habituado en San Dionisio. ¡Cuánta diferencia entre este doméstico y las mujeres mercenarias que le habían servido en diez y ocho meses! Si era preciso hacer pasear por el sol a su señor, velar a su cabecera durante la noche, prestarle los servicios mas humildes, Jacobo estaba pronto a todo y no se arredraba por nada. Y además, había sido tan advertido que hasta guarnecía la chimenea de flores que perfumaban la habitación, y aun había colgado una jaula con un canario, cuyos armoniosos gorjeos recreaban los oídos del anciano.

Seguro ya de la fidelidad de su doméstico, el Señor de Brema tenía gusto en conversar con él; hablaba de todo, menos de sus desgracias. Camilo respetaba esta reserva, y se mantenía, por su parte, en igual línea. Sin embargo, despues de dos meses el corazón del anciano demasiado rebozaba en reconocimiento para dejar de abrirse. Una tarde pues, se dejó llevar de la espansion de la confianza y de la amistad; Camilo supo aprovecharse para darse a conocer a su padre.

—El Señor es tan bueno, le dijo el Señor de Brema, que te ha puesto sobre mi camino para que seas el ojo de un pobre ciego y el báculo de su vejez!

—Y Jacobo bendice al Señor por haberle escogido para llenar este doble oficio cerca de vos.

—Escelente doméstico!

—Con el mejor de los patrones, no es difícil el ser un regular sirviente.

—Vamos! este nombre de doméstico no te con-

viere ya; en adelante, te daré el título de amigo. Bien luego convendrá ascender al de bienhechor, por que temo mucho el verme obligado a pagar una parte de tus salarios con mi reconocimiento.

—Este oro vale tanto como el otro; y por lo que hace a mí, le prefiero.

—Sí! pero no todos se contentan con esta moneda. Así me veo en la precision de reprochar la manera como tienes mi mesa, mis vestidos y ropa blanca. Amigo mio, en materia de gastos, es menester consultar mi bolsa mas bien que tu corazon.

—Sin duda. Pero a este respecto, podeis descansar; vuestra bolsa está en perfecto acuerdo con mi corazon; y la prueba es que no debeis un céntimo. Así, Señor de Brema, hacedme la honra de entregaros para todo a mí.

—Eso es indispensable. De buen ó mal grado, me veo en la necesidad de ir contigo con los ojos cerrados. Tu puedes pues a tu humor ocultarme tu conducta y reservarme tus secretillos.

—Señor, yo me aprovecho de vuestras lecciones, pues estoy en la escuela del silencio y del misterio.

—Lo comprendo: es un reproche, ¿no es esto? Jacobo. oh! hay cosas que no se pueden confiar mas que a Dios, o al oido de aquellos raros amigos que se le asemejan.

—Señor, lo sé demasiado! pero vos estáis triste. Perdonad si la indiscrecion de mis palabras.....

—No, tú no has sido indiscreto....Hasta aquí mi alma te ha estado cerrada. Es porque, como tu lo ves, la desgracia es avara de confiancias, y para vencer su pudor, le son precisas nada menos que las garantias de una seria amistad. Jacobo, tu me has dado pruebas; si, tu eres digno de recibir las mas tristes revelaciones. Esta confesion me soliviará, y tu amistad me ayudará poderosamente a soportar un

pasado bien pesante.

—Si, os ayudaré. Para dos el fardo será menos pesado.

—Esta revelacion, acaso me hará perder en tu estimacion. Si te asoma el pensamiento de abandonarme, ten presente que largo tiempo he llorado mis errores y mis faltas, que la abundancia y amargura de mis lágrimas han cerrado mis ojos a la luz.

—Mi caro Señor! jamas os abandonaré.

—Pues bien! escucha. La Señora de Brema me dió dos hijos, Anatolio y Camilo. El primero recibió una preferencia que no la merecia; Camilo tuvo que devorar la frialdad, las repulsas y severidades de sus padres.

—¿Quiza Camilo se hizo culpable para con vos?

—Él, culpable! si tu le hubieses conocido, no hablarías así. Todo su delito fué no haber sabido agradar a su madre, haber tenido mas talento que su hermano mayor, no participar de los gustos de su padre.

—¿Pero por qué tambien Camilo no se acomodaba a los gustos de su padre?

—Porque mis gustos no eran los de su edad. Y ademas, ¿era esa una razon para tratarle de otra manera que a su hermano?

Terminados los estudios de mis dos hijos, Anatolio fué a Paris a seguir el curso de derecho; menos dichoso que su hermano mayor, Camilo fué enviado a la campaña a adelantar un dominio bastante considerable. Algunos años despues, yo vendí esta propiedad, cuyo valor se habia duplicado con su sabia administracion; y eso por que suponía, sin motivo suficiente, que hubiese esparcido rumores perjudiciales a la reputacion de sus padres. Camilo volvió a Leon. Se entabló con él un sistema de persecucion, a fin de que fatigado con la guerra abando-

nase la casa paterna. Consiguióse el objeto: el pobre jóven tomó la resolución de partir para la América; y yo, su padre, yo tuve el triste valor de aprobar su designio, y aun de regocijarme interiormente!

—Basta! basta! mi caro señor.

—Aun hagamos un esfuerzo, tú para oír, y yo para acabar esta triste relacion.

Antes de un año de la partida de Camilo, supimos, de una manera inequívoca, que no habia tenido parte en los rumores que habian circulado sobre nuestra conducta. Ah! el cielo irritado no tardó en castigarme, en herirme en lo mas vivo de mis afecciones. Anatolio, que se hizo notario, se lanzó en operaciones aventuradas, que le condujeron a su ruina y a la de la familia. El desgraciado! ha desaparecido sin que haya yo podido saber lo que se ha hecho.....

—Y la Señora de Brema?

—La Señora de Brema no pudo sobrevivir a tantos pesares. Como yo, habia reconocido la injusticia de sus prevenciones contra el pobre Camilo. En su última enfermedad, no cesaba de pedir gracia al cielo. Espero que Dios bondadoso habrá usado de misericordia con ella.

—Si, Dios habrá tenido misericordia! Estoy seguro que Camilo no habrá cesado de rogar por ella.

—Y despues de todo, el Señor ha cerrado mis ojos a la benéfica luz. Jacobo, yo lo reconozco, no soy digno de tus cuidados y servicios. Pero por piedad! dignate continuarlos a este desgraciado anciano!

—O mi caro señor! sois aun mas digno despues que me habeis descubierto vuestro corazon.

—Dulces palabras! Oh! en verdad el cielo ha visto mis lágrimas, se ha compadecido de mi miseria, pues ha puesto a mi lado tanto amor y generosidad. Pobre Camilo!.....Oh! si me fuese concedido

el volver a encontrarle una sola vez sobre esta tierra!... Pero ay! he perdido esta esperanza que me seria tan dulce: desde que partió, Camilo no ha dado ningun indicio de que aun vive.

—Es preciso que sus cartas se hayan extraviado. Siendo como acabais de darmele a conocer, no habrá dejado de escribir a su padre y a su madre. Y despues, ¿quien sabe? habrá dirigido sus cartas por otro lado, a fin de adquirir noticias. En tal caso, habrá partido de América para volar cerca de vos.

—Oh! si tal sucediese!

—¿Deseais mucho el encontrarle?

—Aquí abajo no tengo otra gracia que pedir al cielo.

—Señor, el cielo ha recibido vuestra plegaria; digo mas, la ha oido favorablemente: Camilo será devuelto bien pronto a vuestro amor.

—Jacobo, tu quieres engañar a un anciano, abusar de un ciego!

—Señor, sabeis si os amo, si os respeto: bien me guardaré de burlarme de vuestro infortunio, de engañaros con una quimérica esperanza. Yo os lo he dicho, y os lo repito: Camilo os será devuelto bien pronto. En este mismo momento yo no hago otra cosa que prepararos a recibirle.

—¿Y cuando pues podré yo apretarle contra mi corazón, bañarle con mis lágrimas, decirle mis pesares y mi desolacion?

—Bien luego Camilo estará en vuestros brazos.

—O dicha!

—Prometedme solamente que dominareis vuestro corazón, que moderareis vuestros trasportes; prometedme el evitarlos vos mismo, y el ahorrarlos tambien a la sensibilidad de vuestro hijo.

—Todo lo que tu quieras, con tal que vuelva yo a encontrar a Camilo! mi caro Camilo!

— Señor, os acordareis de vuestra promesa?

— Me acordaré.

— Pues bien, preparaos para recibir a Camilo.

— Yo estoy pronto! yo estoy pronto!

— Señor, él va a parecer. Aun otra vez, no olvidéis vuestras promesas.

— Yo no las olvidaré... Oh! pero eres tu un ángel enviado del cielo a mi desdicha?

— No, Señor, yo no soy un ángel.

— Pues entonces, quien eres tu? Tu eres para mí mas que un amigo.

— Sí, mas que un amigo. Yo soy....

— ¿Quién pues?

— Yo soy Camilo, yo soy vuestro hijo.

— Tú, Camilo! tú, mi hijo! Será posible?...*(A parte)* Esta voz que no me parecia desconocida, este amor, esta solicitud.... Sí, él es! o cielo!....*(A Camilo)* Camilo, perdona a tu desgraciado padre!

— Camilo nada tiene que perdonar a su anciano padre. *(Le abraza).*

— Nada que perdonar! Querido hijo! jeneroso hijo!

— Padre mio, no olvidéis vuestra promesa. No pensemos mas que en la alegría de este dichoso momento.

— Esta alegría, tú, tú puedes gustarla pura y sin mezcla; pero tu padre culpable.....

— Contenéos! ¿qué decis, padre mio?

— Venir bajo un nombre supuesto a ligarse a mi persona como un doméstico, a prodigarme los cuidados mas humildes, a mí.....

— Querido padre mio! si vos me amais, por favor, olvidad todo lo pasado. Valor y confianza! El Cielo nos ha protegido, y la santa Virgen tambien. María es quien me ha conservado mas allá del Océano, quien me ha conducido al umbral de vuestra

horada; ella es la que ha preparado este dichoso momento: de todo, a María las gracias y el reconocimiento!

— Buen Camilo! generoso Camilo! Oh! si me fuera concedido el verte, contemplarte! aunque no fuera mas que por un minuto.

— ¿Por qué no pediremos a Dios esta gracia por intercesion de Maria? Pidamos, esperemos.

XII.

CONCLUSION.

Al siguiente dia Camilo conducia a su padre a Paris, y le hacia visitar con un oculista distinguido. Este reconoció en el ciego una catarata complicada con la irritacion del nervio óptico: declaró que no estaba perdida toda esperanza; que despues de un tratamiento preparatorio de una ó dos semanas, podria tentar la operacion. Camilo se vió precisado a instalarse por algunos dias en un hotel de la capital; y aprovechó de este tiempo para encomendar a Maria la curacion de su padre. Jamás habia dirijido al cielo mas ardientes plegarias; jamás había recurrido con mas confianza a su poderosa protectora. En fin, el oculista creyó poder practicar la operacion; la cual tuvo maravilloso éxito; y el padre embriagado de alegría, pudo volver a ver a su caro Camilo, y apacentar sus ojos sobre un objeto tan querido para él.

Sin tardanza, Camilo tomó la pluma para informar al señor Walton de tan dichoso acontecimiento. Tres meses despues recibió una respuesta que no podia leer sin emocion. Todos los miembros de la familia Walton lo llamaban a Nueva-Orleans; los niños se lo pedian sin cesar; todo estaba preparado

para recibirle a él y a su anciano padre. El Señor de Brema, a quien su hijo comunicó esta carta, sonreía tristemente: «A su edad atravesar el Oceano, no valia la pena,» decia él. A lo que Camilo no sabia que oponer, cuando la Providencia le suministró un poderoso motivo para determinar a su padre.

A fuerza de indagaciones é informes, Camilo habia llegado a descubrir las huellas de su hermano. Anatolio, como se suponía, habia pasado a América; se encontraba a la sazón en Nueva-York, en posición bastante precaria. Prevalido de este descubrimiento, Camilo intentó otra acometida con su padre: al otro lado del Oceano podrian adquirirse noticias mas precisas de la suerte de Anatolio; podria tendersele la mano, volverle a ver, abrazarle; los miembros de la familia podrian juntarse y reunirse bajo el techo hospitalario del señor Walton. El Señor de Brema se dejó ganar por esta dulce esperanza, y se embarcó con Camilo para Nueva Orleans.

Entre tanto, el señor Walton llevado por sus negocios a Nueva-York, habia aprovechádose de su permanencia en esta ciudad para inquirir de Anatolio, y le habia encontrado en una pequeña casa de comercio, de la que llevaba los libros. El rico hacendado habia puesto a Anatolio al corriente de todo lo que llevamos referido; y le habia estrechado y decidido sin dificultad a trasportarse a Nueva-Orleans, asegurándole que allí encontraria a su padre y a Camilo.

De esa suerte, cuando el Señor de Brema y Camilo descendieron del paquebot y subieron al muelle de Nueva-Orleans, encontraron para recibirlos, ¿a quienes? a Anatolio, el señor Walton, su esposa la señorita Walton y los dos niños. Que alegría para el Señor de Brema y para Camilo! qué trans-

portes! que abrazos! que lágrimas tan dulces! Semejante escena es necesario renunciar a describirla.

Un mes mas tarde, Camilo se desposaba con la señorita Walton, a la que su padre habia dado en dote 200,000 dollars y la magnífica casa de campo que conocemos. Desde ese momento, Camilo pudo abrigar bajo su propio techo a su anciano padre y al que llamaba su caro Anatolio.

El dia mismo de sus bodas, al fin de la comida, a que asistieron muchos convidados, Camilo referia de su vida todo lo que podia hacerlo sin herir a su padre o a su hermano. En conclusion, mostraba su caro medallon diciendo: «Veis aquí a la que todo lo ha hecho. Con Maria nunca se está solo; con Ella siempre estamos fuertes y consolados».

FIN.